

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar

SOCIEDAD • ARTE • DEPORTE • MODAS

Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PIDANSE TARIFAS

Madrid - Goya, 3. Teléfono S-583

EL HIMNO NACIONAL ESPAÑOL

CON motivo del reciente viaje de los Reyes a Barcelona para recibir, oficialmente, el hermoso Palacio de Pedralbes, han vuelto a ser escuchados entre aclamaciones, los sonos graves, acompasados y señoriales de la Marcha Real: majestuoso himno español tan criticado desde el punto de vista artístico, pero poseedor de un mérito que está por encima de las apreciaciones: el de llegar directamente al corazón de las muchedumbres, emocionándolas y dándoles una sensación de grandeza, perfectamente apropiada al momento en que se ejecuta y en consonancia con lo que simbolizan las personas en honor de las cuales suena.

La Marcha Real monótona o gallarda, es, ante todo, el himno de la Patria. Se llama Marcha Real, porque sirve para honrar la persona del Rey, supremo representante de España, por eso es marcha completamente nacional, y por eso, cuando en el extranjero, se quiere tributar un homenaje a nuestro país o cuando se realiza un acto en honor de un compatriota ilustre nuestro, sea de las ideas que sea, las notas de la marcha vidran en el ambiente con una elocuencia que tiene un extraordinario poder de evocación.

En España no nos damos cuenta muchas veces de la importancia que para nuestros hermanos, del lado de allá del Atlántico, tiene escuchar el patriótico himno. Es la tierra madre que surge de nuevo en la memoria, es el pasado hogar, quien sabe si también la familia lejana. Y las notas que nos son familiares, por habernos acompañado mucho durante nuestra infancia, llevan en sus ecos recuerdos entrañables de un ayer que pasó. La Marcha Real en ese caso, produce íntima y consoladora melancolía.

Tan acostumbrados estamos en España a oír, que no sabemos estimarla en todo su valor. La oímos cuando saluda la llegada del Rey o de una Reina; cuando ante nosotros pasa la bandera, sagrada enseña de la patria, y cuando nos postramos de hinojos ante el Santísimo Sacramento. Sus acordes nos hacen descubrirnos reverentes, ¿No es todo esto testimonio de su grandeza?

Los extranjeros rinden a sus himnos nacionales aún más homenaje que nosotros. Unos son por qué no reconocerlo?, más vibrantes que el nuestro, pero otros no; mas como el motivo que a tal homenaje les mueve no es que la música sea más o menos bonita, sino lo que los himnos simbolizan; todos coinciden en demostrar ante ellos el más respetuoso acatamiento. Y lo mismo los ingleses con el «God save the King», que los franceses con la «Marseillesa», que los belgas con la «Brabançonne» y que los alemanes, antes por lo menos, con el Himno Imperial, no solo escuchan en pie y descubiertos las notas de unos y otros, sino que los acompañan, cantándolos, con letras oficiales algunas veces, o con textos propios otras, inspirados en sentimientos y anhelos populares. En esa actitud, ante las músicas que representan a sus pueblos, nos dan los extraños, frecuentemente, una lección que pocas veces dentro de la Península sabemos aprovechar.

Conocidísima es la historia de la Marcha Real española. El Rey Carlos III, a quien tantas cosas buenas debemos, quiso una vez que el ejército español siguiese la misma táctica del de Prusia, y comisionó, para estudiar la organización y desarrollo de aquel, al conde de Aranda, que era, a la sazón, ministro de Estado.

En la corte de gran Federico de Prusia permaneció el famoso político español una buena temporada, trabando amistad con numerosos personajes influyentes alemanes.

El Rey prusiano, al recibir un día al conde de Aranda y conocer los deseos de nuestro Rey, le manifestó que la táctica de su ejército estaba basada en los consejos de un libro español titulado *Consideraciones militares*, escrito por el marqués de Santa Cruz de Marcenado, razón por la cual él consideraba que tenía contraída con España una deuda de gratitud.

«En esa obra—dijo Su Majestad—he aprendi-

do toda la ciencia bélica que sé. Decid a vuestro Soberano que será para mí un gran placer poder corresponder de algún modo a tal beneficio obtenido».

El conde de Aranda, en efecto, obtuvo para el desempeño de su cometido toda clase de facilidades y cuando, ya terminado el cumplimiento de su misión, acudió a Palacio para despedirse de Federico de Prusia, éste le volvió a recordar el libro de don Alvaro de Navia Ossorio, y le entregó un rollo de papel, exclamando: «Tomad, señor ministro, esta marcha militar que tenía destinada para honrar mi persona».

Esta marcha, que fué llamada desde el primer momento, «Marcha Real», con el aditamento de «fusilera», gustó mucho a Carlos III, que la agradeció sobremanera, declarándola marcha de honor española, por Real decreto dado en San Ildefonso en 3 de septiembre de 1770.

Un año antes, en octubre de 1769, el maestro de la Real Capilla, D. Manuel Espinosa de los Monteros la había instrumentado, modificándola en parte, con tendencia a simplificarla. Esta versión fué la que se adoptó como verdadera marcha granadera o real y la que desde entonces se considera como himno español.

La «fusilera», tal y como la trajo el conde de Aranda a España, fué más tarde instrumentada para banda moderna, y es la que toca la banda del Real Cuerpo de Alabarderos, con acompañamiento de pifanos, en las solemnidades palatinas.

En 1870, o sea un siglo después del decreto de Carlos III, hubo un movimiento contra la «Marcha Real», por estimarla anticuada y pobre de línea melódica, y se abrió un concurso para sustituirla por otra «marcha nacional»; pero de los 417 concursantes que se presentaron ninguno obtuvo el premio. Hubo sí, algunas composiciones muy notables, pero se consideró que ninguna aventajaba a la existente en tal grado que justificase su cambio.

Desde entonces sigue siendo el único himno nacional; himno que supo convivir—para triunfar—con el Himno de Riego, que logró sobrevivir a la «Marcha de Cádiz», y que en la actualidad, sigue manteniéndose en su puesto.

Así como la «Marcha de Infantes», con que se rinden honores a Sus Altezas Reales, es, por lo ramplona, machacona y vulgar, digna de ser sustituida por cualquier bonita composición que pudiesen hacer nuestros músicos, la real o granadera, metida ya en el oído del pueblo, y de una solemnidad innegable, merece el noble y alto papel que por deseo de Rey de Prusia le fué confiado.

No es esta, sin embargo, la única marcha que suena en Palacio al paso de Sus Majestades. En los desfiles de la comitiva regia para las capillas públicas, la banda de Alabarderos tiene en su repertorio, además de la «fusilera», seis o siete composiciones de este género: la de «Romeo y Julieta», la de «Jerusalén», la de «Egmont», de Beethoven, la del «Profeta» y sobre todo, la del regimiento ruso de Preobrajenski, que es muy bonita y tiene general aceptación.

Un defecto tiene la Marcha Real española en comparación con otras extranjeras, y es la falta de letra oficial; esa letra que todo el mundo aprende desde pequeño y sobre la cual no medita luego sino para encontrarla simpatía, belleza y nobles ideales; esa letra que por lo mismo que viene tradicionalmente impuesta de generación en generación, no admite los ataques de la crítica, o por lo menos, no recibe mella sensible. Los himnos nacionales extranjeros tienen su letra oficial y ésta se aprende en las escuelas, muchas veces, y en las calles casi siempre. Es como la letra de las canciones populares: llenas de incorrecciones, pero sanas, espontáneas y vibrantes.

Esto no se puede ya remediar. Lo que sí se puede hacer es procurar que la marcha tenga un texto digno y sonoro y, a ser posible, poético, que en unos años logre lo que aquella letra hubiese conseguido. Pensando en eso Su Majestad el Rey, y deseoso de que nuestro himno nacional pudiese ser alguna vez cantado con una letra elevada y noble que transmitiese a las almas el fervor patriótico que la música inspira, habló de ello cierto día al ilustre poeta don Eduardo Marquina, catalán ilustre, cuyas obras épicas y cuya musa heroica le garantizaban un completo acierto en la realización del regio deseo.

El autor de *El pobrecito carpintero* y *En Flandes se ha puesto el sol*, aceptó el encargo y llevó a la práctica la idea del Monarca, escribiendo doce o catorce composiciones ajustadas a la melodía de la Marcha Real, empeño difícil, del que solo podía salir airoso un poeta de los vuelos del señor Marquina, dadas las dificultades a que antes nos referíamos.

Muy del agrado de don Alfonso fueron las estrofas del poeta, y especialmente tres o cuatro, que por expreso mandato regio, se cantaron por vez primera por el Orfeón de Azcoitia, dirigido por el P. Otaño, en las fiestas que se celebraron en Burgos, con motivo del Centenario del Cid.

Fueron cantadas, entre la general emoción y el unánime aplauso, las tituladas «Fuente de acción», «Intacta Mater», «Dulce patria» y «La bandera».

La primera, de verdadero poeta, no podemos resistir a la tentación de reproducirla.

Dice así:
 «Danos, patria, las armas de Cantabria,
 y el valor del Cid;
 ¡queremos campar!
 Danos, patria, la lanza del Quijote,
 de Teresa el Dios,
 ¡queremos delirar!
 Nuestra bandera queremos tejer;
 ¡danos la rueca de oro que movió Isabel!
 Más que los siglos queremos durar;
 ¡danos tu barro, España, que será inmortal!»
 La titulada «La bandera», es también muy hermosa:
 «¡Gloria, gloria!... ¡Corona de la patria,
 resplandor marcial,
 que es oro en tu pendón!
 ¡Vida, vida!... Futuro de la patria
 que, en tus ojos, es
 abierto corazón.
 ¡Púrpura y oro, bandera inmortal!
 En tus colores, juntos cielo y tierra están.
 ¡Púrpura y oro! ¡Luchar y triunfar!
 ¡Tú eres, bandera, el sello del humano afán!»

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
 Glacees—Caramelos finos.

Cajas para Bodas
 SALON DE TE

Serrano, 28

No sabemos si estas letras de alto sentido espiritual habrán sido adoptadas ya, como merecen, por los cuerpos militares. Desde luego para que quedasen grabadas en el corazón del pueblo, habría que enseñarlas y difundirlas en las escuelas y colegios. Los niños las aprenderían jugando y ¡quién sabe los frutos que, en su día, podría dar tan sencilla siembra!

Mientras tanto la Marcha Real sigue cumpliendo su misión de honrar al Rey, como expresión suprema del alma nacional.

Mundo Mundillo...



LA estancia de los Reyes el Principe de Asturias y otras reales personas en Barcelona se está caracterizando por el entusiasmo que, en todos lados, despierta la presencia de S. S. M. M. y A. A.

La sociedad barcelonesa no cesa de rendirles demostraciones de lealtad y afecto.

También la regia visita ha dado ocasión para el otorgamiento de varias mercedes a damas de la nobleza de Cataluña. Así, por ejemplo, Don Alfonso XIII ha concedido la Grandeza de España a doña Dolores de Carcer y de Ros, viuda de Villalonga, baronesa de Maldá y de Maldanell, muy estimada en la sociedad de Barcelona y en Madrid.

La baronesa de Maldá pertenece a una ilustre familia catalana. Hijos suyos son el barón de Segur, casado con una hija de la marquesa viuda de Portago, y el conde de San Miguel de Castañar.

Otras señoras han sido agraciadas con el lazo rojo de damas de la Reina.

Una de ellas, la condesa de Güell y de San Pedro de Riuseñada, nacida Virginia Churruga, que tiene su residencia en Pedralbes.

Otra de las nuevas damas es la duquesa de Santángelo, hija del marqués de Astorga y de su primera esposa la malograda doña Dolores Reynoso y Queralt, y nieta de la duquesa de Sessa, casada con el marqués de Ciudadilla, primogénito del marqués de Sentmenat, recientemente fallecido.

La tercera es la marquesa de Villanueva y Geltrú (nacida Mercedes Coll), esposa de don Salvador Samá y Sarriera, primogénito de los marqueses de Marianao.

CON motivo del próximo viaje de los Reyes de Italia, se anuncian algunos bailes en residencias aristocráticas. Uno de ellos, en el palacio y jardín de los duques de Alba. Otro se celebrará en el palacio de los duques de Montellano. La duquesa ha sido designada por nuestros Reyes para acompañar a la Soberana italiana.

A las órdenes del Rey estará el marqués de Hoyos, y a las del Principe del Piamonte, el marqués de Someruelos.

También se habla de otras fiestas en diferentes residencias aristocráticas.

En el Regio Alcázar se celebrará una comida de gala, y un almuerzo en la Embajada italiana.

EN los últimos días se han celebrado varios banquetes en residencias diplomáticas. Los Embajadores de Francia vizcondes de Fontenay han dado últimamente dos comidas en honor de la sociedad madrileña y cuerpo diplomático extranjero y otra en obsequio del Principe Carlos Murat.

Los Embajadores de Inglaterra Sir Horace y Lady Rumbold han obsequiado con otra elegante comida a varias distinguidas personas; y lo propio han hecho el ministro de los Países Bajos señor Melvill y el ministro de China y la señora de Liou.

SE ha celebrado en el Palacio de los duques de Parcent una elegante comida a la que asistieron, con los dueños de la casa y los Príncipes de Hohenlohe, el presidente del Directorio, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; los duques de Medinaceli, las marquesas de Ivanrey y Valdeiglesias, la condesa de San Martín de Hoyos, la señorita Carolina de Carvajal, el coronel Marsengo, el señor Asúa y el secretario de los Príncipes señor Fetzner.

Después se organizaron algunas partidas de bridge.

EL marqués de Amposta, embajador de España en Buenos Aires, que en breve marchará de nuevo a su destino, ha sido obsequiado con un almuerzo de despedida por el doctor D. Carlos Estrada, embajador de la República Argentina en Madrid.

Fueron además los comensales el presiden-

Enorme liquidación
de vestidos, lanas, sedas y esponjas a mitad de su precio en
LA MUÑECA PARISIEN
Fernando VI, núm. 12

te del Directorio, marqués de Estella; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; el subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; los duques de Tetuán y Vistahermosa, los condes de Paredes de Nava, Velle y Liniens; el diplomático señor Ocantos; el ilustre actor D. Fernando Díaz de Mendoza, D. José Lázaro-Galdiano, el barón de Champourcin; los Sres. Casares, Gil, Rivalora, López Alfaro, Ventosa (D. Ricardo), Boix (D. Emilio), el secretario argentino señor Achaval, el agregado militar teniente coronel Fernández Valdés, el agregado comercial señor Jardón, el coronel señor Schiaffino y otras personas.

APADRINADA por sus tíos, los condes de Velayos, ha sido bautizada la hija recién nacida de los condes de Yebes, nieta de los de Romanones y de la Viñaza. A la neófita se le impuso el nombre de Carmen.

Con motivo del bautizo, los condes de Yebes han obsequiado a sus amigos con cajas de raso y de alabastro, llenas de dragée rosa, de la aristocrática confitería «La Duquesita».

LAS comidas de moda del Ritz continúan viéndose brillantísimas. El último lunes pasaron de trescientos los comensales.

HAN dado a luz, con toda felicidad; una niña la señora de Luca de Tena (don Fernando), y un niño la esposa de D. Félix Luis Baldasano, secretario particular de Su Alteza el Infante Don Fernando.

Felicitamos a los venturosos padres!

EN casa de la condesa viuda de Casa Valencia se ha celebrado una fiesta artística, que resultó muy brillante. De ella nos ocuparemos, con la detención merecida, en nuestro próximo número.

SE encuentra restablecida y ha salido ya a la calle la señorita Trina Castillo, hija de los marqueses de Jura Real.

También está restablecido el secretario de nuestra Embajada en Londres, don Alberto de Aguilar, hijo de los condes de Aguilar.

POR Real Decreto le ha sido concedida la rehabilitación del título de marqués de Monte Corto al distinguido diplomático y embajador de Su Majestad don Germán de Ory y Morey, descendiente directo del primer poseedor.

Arranca la concesión primera del 28 de Septiembre de 1683, en que el Monarca D. Carlos II la otorgó a D. Juan Pasenti de Toñarejos, regidor perpetuo de preeminencia de Cádiz, por su desprendimiento de una fuerte suma para costear la obra y fábrica del convento de Mercenarias Descalzas, en esta corte, y lleva la denominación del cortijo del Donadio de Monte Corto, que aquél poseía en Jerez de la Frontera.

El señor de Ory, al obtener la rehabilitación del dictado nobiliario, será el octavo marqués que ostenta el título. Con este motivo han recibido nuestros muy queridos amigos los señores de Ory numerosas felicitaciones, a las que unimos la nuestra tan sincera como efusiva.

Prince's Tea Rooms

Anuncia a su clientela que sirve en sus salones toda clase de refrescos y helados.

Especialidad en pastelería inglesa.

Claudio Ceello, 1 Tf. prvl. 11-38 D

Notas de pesame

MUY sentida ha sido en Madrid la muerte del marqués de Ahumada.

Pertenecía don Francisco Javier Girón y Méndez a la ilustre familia de los duques de Ahumada. Era sobrino del último duque, cuarto de su título, don Agustín Girón Aragón, marqués de las Amarillas, por cesión del cual llevaba, desde 1912, el título de marqués de Ahumada.

Era el finado marqués, hijo del primer matrimonio del general don Luis Girón y Aragón, con doña Ana María Méndez y Bryan.

Hermanas del marqués de Ahumada son doña Matilde, casada con don Leonardo Santos Suárez, marqués de Monteagudo, y, del segundo matrimonio de su padre, doña María del Carmen Girón y Vega, esposa de don Enrique Alvarez Maldonado.

Tias carnales del finado son la marquesa de Moctezuma, princesa viuda de Pignatelli, dama particular de la Reina Doña Cristina y la duquesa de Ahumada, que fué para él una madre.

El marqués de Ahumada, que era maestrante de Ronda, estaba casado con doña Emilia Canthaly Girón.

Enviamos a la ilustre familia la expresión más sentida de nuestro dolor.

EN su residencia de Sevilla ha fallecido la distinguida señora doña Eugenia de la Rocha y de la Fuentecida, marquesa de Angulo, madre del marqués de Casa-Mendaro.

Pertenecía la finada a una ilustre familia, y residió muchos años en Cádiz.

De su matrimonio con el difunto marqués de Casa-Mendaro tuvo dos hijos: el actual marqués, don José Santiago Mendaro y de la Rocha, ex-senador, exdiputado a Cortes y gentilhombre de cámara de Su Majestad, con ejercicio, casado con doña Josefa Diosdado y Armero, y el difunto don Manuel, que estuvo casado con doña María de la Concepción Romero Ruiz.

Acompañamos a la distinguida familia en su gran pena.

TAMBIÉN ha sido muy sentido el fallecimiento, ocurrido en Madrid, del respetable señor don Mariano Pineda y Monserrat, marqués de Santa Genoveva, conde de la Concepción.

Pertenecía el finado a una aristocrática familia y era persona muy estimada.

Estaba casado con doña Isabel Pineda y Gonzalez Maldonado y de este matrimonio quedan tres hijos: don Luis, casado con doña Ana Peñaléz Igual; doña María Cristina, esposa de don José María de Hornedo, y don Ramón.

Nos asociamos muy de veras al duelo de la marquesa de Santa Genoveva y de sus hijos.

GRAN dolor produjo en Madrid la muerte de la virtuosa señora doña Enriqueta Pastor y Mora, esposa de don Ramón de Cárdenas y Padilla, ambos muy queridos en la sociedad madrileña. Una dolorosa dolencia la llevó al sepulcro, dejando su hogar, modelo de hogares, en el mayor desconsuelo.

Al señor Cárdenas, a sus hijos doña María, don Manuel, doña Ascensión, religiosa del Sagrado Corazón; doña Enriqueta, doña Agueda, don Ramón, doña María Teresa, religiosa del Sagrado Corazón; doña Dolores, doña Pilar, doña Julia, doña Ana María, doña Luisa, don Ignacio y don Jaime de Cárdenas y Pastor, y a sus hijos políticos don José María Angolotti, doña Carmen Rodríguez Guisasaola, don Juan Oliver, doña Amparo Merle y don Francisco Arrazola, enviamos nuestro pésame, muy cariñoso.

HAN producido asimismo gran sentimiento las muertes, recientemente ocurridas: del general don Ramón de Bustamante y Casaña, marqués de Villatorré; de don Serafín Salcedo Bermejillo, persona muy conocida y estimada en Madrid; de la señorita Teresa Espinós, hija de don Gustavo, jefe del gabinete de prensa de Gobernación y del exdirector de Agricultura don Estanislao D'Angelo, muy apreciado en Sevilla.



De soltera, en casa de su madre la condesa viuda de Hornachuelos, fué la señorita María del Buen Consejo de Hoces y Olalla una de las más bellas flores de los jardines de Córdoba. Casada, es la marquesa de la Vega de la Sagra—reproducida en este retrato por el pincel de Julio Moisés,—reina feliz en el hogar de don Enrique Macpherson, de la conocida familia gaditana.

Teatro

REAL.—Bailes románticos rusos.

PRINCESA.— Actuación de Jeanne Provost.

La expresión «baile ruso» no determina un espectáculo nuevo, sin precedentes en la historia del teatro. Es tan sólo una especie del género *ballet*. Se caracteriza por el predominio de la plástica oriental y asiática y el desprecio del clasicismo occidental y europeo en lo que todo espectáculo tiene de visualidad. Agréguese a lo dicho la escuela moderna de música rusa y quedará trazado el esquema de lo que son por naturaleza los bailes rusos de la compañía de Sergio Diaghilew.

Los llamados «Bailes románticos rusos» que hemos visto en el Real durante la quincena que hoy expira, tienen de moscovitas únicamente la circunstancia de haber nacido en Rusia sus intérpretes y son románticos por haberse escrito en los años del romanticismo. Por lo demás no difieren en nada por la especie y el género de los *ballets* famosos que llevó de Italia a Francia Catalina de Médicis y que se han venido cultivando sin interrupción en la nación vecina, desde el siglo XVI hasta los tiempos actuales.

Descubrir ahora *Giselle*, *La bailarina y la ladrona* y los demás bailables que han recreado hace poco a los madrileños, es algo así como reseñar el estreno de *El trovador* o de *Un drama nuevo*. Si una compañía dramática pone en escena alguna de estas obras, es deber del cronista aplaudir a la empresa y a los actores que hayan llevado a efecto la reposición. De los «Bailes románticos rusos» hay que decir cosa parecida. Constituyen obras de arte legítimo. No es razón que duerman en el polvo de las bibliotecas.

La pantomima y el bailable son géneros artísticos que resisten muy bien los embates del padre Cronos. Están destinados a la vida, a la aiumación, al movimiento. Su médula, su eje vital y sustancial es el ritmo, conservado en su unidad simple y distinta. Por muy complicadas que sean las partituras—en los modernos bailes rusos, las hay complicadísimas—es siempre necesario que la armonía vaya dominada por un aire de danza. La orquesta tiene que rimar y traducir a los instrumentos el ritmo connatural al baile, ritmo preciso, bien determinado, que no admite combinaciones irregulares, ni burlas a los cánones en que se mantiene. El bailable y la pantomima no acusan nunca genio en sus autores, no son jamás la obra imperecedera, símbolo de un pueblo o una raza, pero son movimiento supeditado al arte y el movimiento es vida y el arte es belleza.

Todo bailable requiere la luz de la batería. Fuera del escenario carece de valor, no es el mismo, se evapora, se va de las manos... Podremos admirar en un concierto la música de un bailable y leer su asunto en el programa durante la audición. El placer estético es muy diferente al que produce la misma obra bailada y mimada por buenos artistas.

Viene aquí como anillo al dedo la teoría de las *compensaciones* del filósofo y musicógrafo Azañs. Si el bailable deja de existir en cuanto se aparta de la escena y no logra encerrarse en las páginas de un libro, en el pentágono, en una pintura, en un grabado, le cabe la compensación de vivir más tiempo que óperas, dramas y comedias, en cuanto se le coloca en su ambiente natural con la adecuada interpretación escénica.

Por eso no han dejado de satisfacernos los Bailes románticos rusos, en los que se nota la influencia de Diaghilew en decoraciones, trajes y composición plástica. Se trata de un espectáculo artístico al que es de justicia prestar asentimiento.

En la Princesa ha actuado una compañía francesa. Su primera actriz era Jeanne Provost.

Suele ocurrir con las actrices francesas que

viene a España una cosa singular. ¿Que son ellas primeras figuras y el resto de los artistas pertenece a una categoría inferior? Precisamente lo contrario. Dos veces ha estado en Madrid Cecile Sorel. En 1911 pudimos comprobar que la señorita Colonna Romano, y, sobre todo, el primer actor M. Grand, eran muy superiores a ella. En mayo de 1923 se repite el fenómeno. Viene entonces de primer actor Albert Lambert y raya muy por cima de la Sorel.

Este año ocurre lo mismo. El primer actor Mauloy resulta un artista más completo y de mayor talento que la Provost.

Conocida la sociedad parisiense de entre bastidores, el hecho se concibe. Es consecuencia lógica, resultado natural, de ciertas circunstancias que, por otra parte, han impulsado, en señal de protesta, la creación de los teatros de arte noble, como el Vieux Colombier, *L'Oeuvre*, la *Quimera* y otros muchos, cada uno con su programa que responde a un ideal artístico.

La compañía de Jeanne Provost tenía por empresa la razón social Galas Karsenty. ¿Cuáles han sido los aciertos y cuáles los errores de la empresa en su actuación matritense?

Hemos visto magníficos conjuntos. Todos los artistas están admirables, cada uno en su papel. Se ve el trabajo, paciente y metódico, del director de escena para conseguir una interpretación irreprochable. Actores y actrices saben moverse en el escenario, comprenden la obra, se producen, en la dicción y en la acción, con maestría; están siempre en la comedia, tienen conciencia de su cometido, dan vida y calor de realidad a los personajes en ellos encarnados y al conflicto dramático que es unidad de la pieza.

Es lástima que tanto arte y tanta inteligencia se empleen en obras que no lo merecen. El repertorio ofrecido a los madrileños por las Galas Karsenty pertenece a ese teatro del Boulevard que significa una decadencia del arte dramático francés.

Existen, entre la moderna producción teatral de Francia, obras de enorme interés que no son conocidas en España y cuyo solo anuncio hubiera llenado el teatro, como sucedió cuando la compañía italiana de Niccodemi y Vera Vergani puso en escena los *Seis personajes...* de Pirandello.

Salirnos con lo mediocre de Bataille, lo mandado de Pierre Wolf, las equivocaciones de René Benjamin y Frondaie, lo anticuado y ñoño de Gavault y las escenas monótonas y sin gracia de Jager-Schmidt, cuando no hemos visto en Madrid todavía *Le pêcheur d'ombres*, de Sarment; *Le mangeur des rêves*, de Lenormand; el *Knock, ou le triomphe de la Médecine*, de Jules Romains; *La comédie du génie*, del vizconde François de Curel; las biografías escénicas (*La Fontaine*, *Pasteur*) de Sacha Guitry, las últimas producciones llenas de *esprit*, de Robert de Flers y muchos otros dramas y comedias estimables, cuya enumeración completa ocuparía mucho espacio, ¿no es francamente un rotundo desacierto?

El público no ha respondido a los carteles y a los sueltos de contaduría. En cambio la Pierat representó con el teatro lleno la *Fedra*, de Racine, y la comedia de Géraldy, *Aimer*; alguien pretendió comprar a buen precio los taburetes de los bomberos para ver a Zacconi en *El rey Lear* y la comedia famosa de Pirandello, antes citada, proporcionó a la taquilla ingresos bien saneados.

Compañía excelente. Repertorio poco selecto. Un actor magnífico: Mauloy. Una actriz bella, elegante, insuperable para los papeles de mujer a la moderna: Jeanne Provost. He aquí en cuatro rasgos apenas esbozados lo que han sido en la Princesa las Galas Karsenty.

LUIS ARAUJO-COSTA.

¿POR QUÉ?...

¿Porqué de una ilusión que muerta de
surgen cien esperanzas que me emboben?
¿Porqué soy para amarlas siempre joven,
si fui para lograrlas siempre viejo?
¿Es que llevo en la mano algún espejo
que atraiga las miradas que me roben?
¿Es que duermo en mi oído el de Beethoven,
o es que son mis miradas su reflejo?
¿Porqué son, o parecen ser lo mismo,
la pérdida ilusión y la esperanza,
la bella realidad y el espejismo?
¿Porqué veo un desierto en lontananza,
y a mis plantas contemplo un hondo abismo?
¿Porqué ¡ay! el Oasis no se alcanza?

ENRIQUE SAAVEDRA

SEMBLANZAS

LA DUQUESA DE LA VICTORIA Y LA CRUZ ROJA

Dos nombres que deben ir enlazados en su sublime unión de caridad y patriotismo, porque decir Duquesa de la Victoria es significar abnegación incansable; ángel de consuelo, generosidad inagotable y alma de la Cruz Roja; esa institución que, implantada en España por una Reina tan bonita como buena, halló heroico apóstol en la amable Duquesa, D.^{na} Carmen Angolotti.

Nadie ignora la hermosa labor que esta ilustre dama viene realizando en pro de los heridos de guerra. ¡Es tan dulce, tan español, mitigar el dolor del que sufre por la Patria, que el alma de la Duquesa puso en esta misión todos sus entusiasmos, constituyendo sus ideales! Por eso la vemos en Africa, recorriendo la línea de fuego, intrépida y valiente, pronta a acudir al primer quejido del héroe que ofrenda su sangre a España; contemplando los horrores de Monte Arruit, tumba de mártires, para rezar sobre los cuerpos yertos, siendo quizá, esa plegaria y la triste piedad de la Duquesa, el emblema del dolor hispano, que acaricia las muertas cenizas con brisas del atardecer; las llora con gotas de rocío, y reza con aromas de flor.

Los hospitales de la Cruz Roja fundados en las dos zonas, acreditan la infatigable actividad de la Duquesa y sus dotes de organizadora. Ella, dejando las comodidades de su lujosa morada (como ahora las abandona frecuentemente convirtiéndose en abnegada dama enfermera), en pleno y ardiente julio de 1921, fué al Africa a fundarlos, acompañada de cinco señoritas e Hijas de Caridad coparticipes de contrariedades y molestias, siendo dignas de admiración, la asombrosa energía, presencia de ánimo y fortaleza de espíritu de la ilustre aristócrata, a la que dan alientos para resistir las inclemencias del tiempo, el cansancio, la contemplación del sufrimiento, curando y transportando heridos, haciendo toda clase de servicios, sin que una queja, un gesto, turben su habitual dulzura.

Muchas e ilustres damas, secundando los deseos de la Reina y estimuladas por el ejemplo de la Duquesa, ingresando en las filas de la Cruz Roja, contribuyeron y contribuyen al alivio del que sufre, prodigándoles sus cuidados y haciendo donaciones a los hospitales. El de Madrid, objeto de predilección de la joven Soberana, demuestra la obra meritisima realizada por las Damas, que en turnos de 15 acuden todas las mañanas a la curación de los heridos; el esmero y solícitud de las Enfermeras profesionales y de las Hermanas de la Caridad, bajo la dirección de la amable Superiora, Sor Isabel, siempre simpática con su reír cándido, que bondadosa nos enseña el hermoso edificio de la Cruz Roja. En otras salas encontramos a Sor Teresa, Soeur Felicité, fundadoras de los de Africa y otras Hermanas que también tienen medallas de plata por los servicios prestados en Marruecos. ¡Ellas son ángeles de amor del cielo!...

Contribuyen al sostenimiento del hospital, varias Juntas, Centros, Casinos y Bienhechores particulares, cuyos nombres vemos grabados a la cabecera de cada cama, tanto de las destinadas a soldados, como de las pertenecientes a civiles, pues actualmente no son sólo admitidos los heridos de guerra, sino también enfermos de otras clases, menos dementes y contagiosos.

Mucho habría que decir sobre este hospital, cuya acción no se limita únicamente a curar los males del cuerpo, puesto que su influencia se extiende también a los del alma, habiéndose conseguido éxitos tan milagrosos como los obtenidos en sus salas de Medicina y Cirugía; pero es imposible disponer del espacio suficiente.

Baste decir que la visita al Hospital deja en el alma un grato recuerdo, uniendo en un mismo latido el sentimiento de Caridad y el amor a la Patria, para admirar a esas generosas Damas y más aún a la duquesa de la Victoria, flor de abnegación, mil veces bendita por la cruz de sangre.

TORRES DE GUZMÁN

PRÓXIMA FIESTA BENÉFICA

LOS NIÑOS RUSOS RECOGIDOS EN BÉLGICA

DENTRO de pocos días se celebrará en el Hotel Ritz,—galantemente cedido a la Junta organizadora,—una aristocrática fiesta, cuyos fines benéficos merecen que toda la Sociedad madrileña le preste su incondicional concurso.

Trátase de allegar recursos para el sostenimiento de la Colonia de niños rusos, que ha sido establecida hace algún tiempo en Bélgica.

A raíz de la revolución rusa se produjo en aquél país la catástrofe que todos conocemos. Familias enteras emigraron, a la desbandada, a los países próximos y centenares de niños se encontraron sin padres y sin hogar, condenados a morir de hambre y frío, si no acudían en su socorro las personas caritativas.

Entonces fué cuando su Santidad el Papa hizo aquél llamamiento en favor de los niños rusos, que sucumbían sin amparo, en su nación y fuera de ella, y entonces fué cuando se organizaron en los Estados Unidos y Europa aquellas humanitarias expediciones que aliviaron en mucho la suerte de aquellos desgraciados.

En Bélgica,—tierra de nobilísimos sentimientos,—hubo un movimiento espontáneo en favor de los niños rusos. Formóse un comité bajo el Patronato de los Reyes Alberto e Isabel y la presidencia del Cardenal Mercier y encomendóse la dirección de la obra a realizar, al Presidente de la Cruz Roja belga senador Doctor Depage y a la condesa d'Oultrémont, cuyo nombre va siempre unido a toda empresa de caridad.

Marchó una comisión belga a Polonia y allí recogió ciento cincuenta niños rusos extenuados y ya a punto de sucumbir.

Los había entre ellos de los dos sexos y apenas si ellos mismos sabían quienes eran sus padres, cuáles fueron sus pueblos. Hijos de aristócratas y de menestrales, de militares y aldeanos, se con-

fundían en la desgracia y en la miseria.

Primero hubo que atender, en Polonia mismo, a alimentarlos y a vestirlos. Luego fueron llevados a Bélgica.

Un noble belga permitió dar inmediata realización a la obra que se proponía el comité: puso a disposición de éste su castillo de l'Ardoisiere, en Jodoigne, cerca de Lovaina, así como el bello parque que lo rodea.

En el hermoso edificio quedó fundada la Colonia: alcobas perfectamente ventiladas, comedores, aulas para clases, capilla, cuanto necesitan los niños para la nutrición de sus cuerpos y de sus espíritus, fué perfectamente instalado en la Colonia. Profesoras rusas y belgas tienen a su cargo la educación de la



El Castillo de l'Ardoisiere.

grey infantil, corriendo a cargo de la Cruz Roja de Bélgica la misión de prestar los servicios sanitarios,—hay una excelente enfermería,—y de recaudar y administrar los fondos de la obra.

Ante la vista de las desventuradas criaturas, la opinión belga se sintió vivamente impresionada. Se organizaron suscripciones y ellas permitieron comenzar la hermosa labor de atender al sostenimiento y educación de los niños.

Sin embargo, a pesar de que las suscripciones continúan y de que son frecuentes los rasgos de filantropía de las personas pudientes, la situación económica de la Colonia es difícil: y no lo es más gracias a la estricta economía en que



La enfermería de la Colonia.

se inspira la Dirección. Son precisos de veinte a veinticinco mil francos al mes y hay que trabajar mucho para recaudar esa suma.

Con el propósito de ayudar a esa labor, se ha organizado la fiesta del Ritz, que se celebrará en la noche del 25 del corriente y que será probablemente honrada con la presencia de Sus Majestades y Altezas. Los principales salones del hotel se abrirán a la sociedad madrileña y al Cuerpo diplomático extranjero, para que puedan procurar un bien a aquellas desgraciadas criaturas.

El programa de la fiesta no se conoce con detalle a la hora en que trazamos estas líneas; pero sin duda corresponderá al interés que ha despertado y al alto fin benéfico que se persigue.

Desde luego, podemos adelantar que consistirá en un concierto, en el que tomarán parte artistas españoles y extranjeros y en una segunda parte de baile, que será la que agrade más a nuestra juventud, siempre dispuesta a pasarlo lo mejor posible. Y como lo pasa mejor, no cabe duda de que es bailando.

La dirección del Ritz, deseosa de contribuir a la mayor brillantez del acto, pondrá a disposición de los organizadores sus mejores orquestas.

Y unas veces los Boldi, con sus armoniosos acordes y otras los ritmicos sonos de los jazz bands, harán las delicias de una concurrencia, congregada al llamamiento de la caridad.

Garantía del éxito son los nombres de las personas que se ocupan de esto.

La Junta organizadora de la fiesta la forman ilustres damas; entre ellas, las duquesas de Alba, Fernán Núñez, Montellano, Dúrcal y Ahumada; marquesas de Santa Cruz, Ivanrey, Guad-el-Jelú, Martorell, Argüeso y Urquijo; condesa de San Martín de Hoyos; baronesa de Meyendorff; señoras de Bäuer (don Ignacio) y Munz y Andreu y señorita de Heredia.

Será, seguramente, una fiesta muy interesante.

X. X.



Comedor de los niños rusos recogidos en la Colonia de Jodoigne, en Bélgica.

EL TRIUNFO DE ZALACAÍN

Zalacaín el aventurero, el héroe vasco, inmortalizado por la pluma de Pío Baroja, gana, como el Cid, batallas después de muerto. Para nadie es un secreto que el famoso libro, que lleva por título el nombre del héroe, ha sido traducido al francés, obteniendo una consagración oficial.

En realidad nada más justo, pues el señor Baroja, en muchas de sus obras y muy especialmente en esta, estudia y presenta el alma vasca tal como es, prestando un buen servicio a una región española tan importante como la que constituyen las Vascongadas y Navarra.

Este admirable Martín Zalacaín el fuerte, recio y optimista, que desde su infancia nos subyuga con sus audacias y sus correrías, es un verdadero tipo representativo. Sus amores, su inventiva, sus aventuras durante la guerra carlista; su valor rayano en temeridad, pero jamás tocado de petulancia; su serenidad ante los peligros, y hasta su misma trágica muerte,—a traición,—cuando tenía veinticuatro años, hacen de esta figura del bravo vasco una de las más interesantes de la literatura española en los últimos años.

Zalacaín, unas veces solo y otras con su cuñado Bautista Urbide, antiguo panadero de Archipi, conocía como pocos toda la tierra vasco-navarra. Los caminos entre Meaca y Urdax, Izpegui y San Esteban de Baigorri, Biriatu y Enderlaza y Elorrieta y Berdáritz no conocían otra cosa que su figura. Y lo mismo las praderas del este de Navarra, que los montes de Roncesvalles y que los caseríos de Guipúzcoa podían considerar siempre como propio a Martín. Por eso Urbia, la villa que fué su cuna, se muestra tan orgullosa por haberlo sido. Y por eso al cementerio de Zaro, donde

reposan los restos del héroe, es constantemente visitado por los buenos vascos que acuden allí en peregrinación espiritual, lo mismo que en tiempos acudieron la ingénuo Linda, la agradecida señorita de Briones y la apenada Catalina, depositando sobre su tumba tres rosas,—negra, roja y blanca,—que tardaron más de un mes en marchitar.



Los vascos que sobre las bien cuidadas carreteras siguen las huellas de Zalacaín.

Los vascos de hoy, los que en las plazas de los pueblos juegan a la pelota, siendo asombro de propios y de extraños, los que viven en los caseríos con existencia ejemplar dedicada al trabajo, los que sobre las bien cuidadas carreteras siguen las huellas de Zalacaín el Aventurero, guardan en su memoria el culto al recuerdo del héroe. Ellos habrán agradecido, pues, como todos los compatriotas de Pío Baroja esa consagración a que antes aludimos y habrán sido los primeros en felicitar al gran novelista español.

En cuanto a nosotros, queremos sumarnos al homenaje a Baroja, reproduciendo el prólogo de la bella narración,

dedicado a describir la villa de Urbia, patria chica de Zalacaín, que es en su carácter, como muchos de los pueblos y villas de que se enorgullece el país vasco.

Dice así:

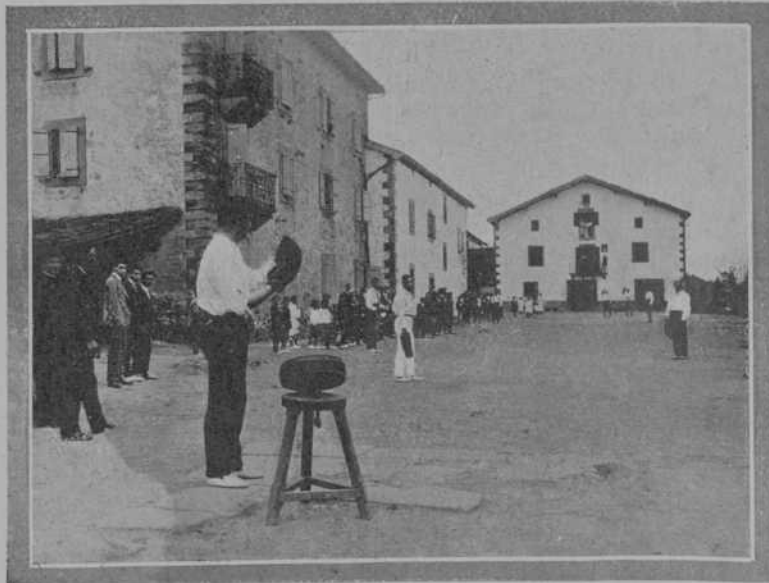
«Una muralla de piedra, negruzca y alta rodea a Urbia. Esta muralla sigue a lo largo del camino real, limita el pueblo por el norte y al llegar al río se tuerce, tropieza con la iglesia, a la que coge dejando parte del ábside fuera de su recinto y después escala una altura y envuelve la ciudad por el sur.

Hay todavía, en los fosos, terrenos encharcados con hierbajos y espadañas, poternas llenas de hierros, garitas desmochadas, escalerillas musgosas y alrededor, en los glaciés, altas y románticas arboledas, malezas y boscajes y verdes praderas salpicadas de florecillas. Cerca, en la aguda colina a cuyo pie se asienta el pueblo, un castillo sombrío, se oculta a medias entre gigantescos olmos.

Desde el camino real, Urbia aparece como una agrupación de casas decrepitas, leprosas, inclinadas, con balcones corridos de madera y miradores que asoman por encima de la negra pared de piedra que las circunda.

Tiene Urbia una barriada vieja y otra nueva. La barriada vieja, la calle como se le llama por antonomasia en vascuence, está formada principalmente por dos callejuelas estrechas, sinuosas y en cuesta que se unen en la plaza.

El pueblo viejo, desde la carretera, traza una línea quebrada de tejados torcidos y mugrientos, que va descendiendo desde el Castillo hasta el río. Las casas encaramadas en la cintura de piedra de la ciudad, parece a primera vista que se encuentran en una posición estrecha e incómoda, pero no es así, sino todo lo



Los que en las plazas de los pueblos juegan al típico juego de la pelota.



Los que viven en los caseríos con existencia ejemplar, dedicada a la familia y el trabajo.

contrario, porque entre el pie de las casas y los muros fortificados existe un gran espacio ocupado por una serie de magníficas huertas. Tales huertas, protegidas de los vientos fríos, son excelentes. En ellas se pueden cultivar plantas de zona cálida como naranjos y limoneros.

La muralla, por la parte interior que dá a las huertas, tiene un camino formado por grandes losas, especie de acera de un metro de ancho con su barandado de hierro.

En los intersticios de estas losas viejas y desgastadas por las lluvias crecen la venenosa cicuta y el beleño; junto a las paredes brillan, en la primavera, las flores amarillentas del diente de león y del verbasco, los gladiolos de hermoso color carmesí y las digitales purpúreas. Otros muchos hierbajos mezclados con ortigas y con amapolas, se extienden por la muralla y adornan con su verdura y con sus constelaciones de flores pequeñas y simples las almenas, las aspilleras y los matacanes.

Durante el invierno, en las horas de sol, algunos viejos de la vecindad con traje de casa y zapatillas pasean por la cornisa, y al llegar marzo o abril contemplan los progresos de los hermosos perales y melocotoneros de las huertas.

Observan también, disimuladamente por las aspilleras, si viene algún coche o carro al pueblo, si hay novedades en las casas de la barriada nueva, no sin cierta hostilidad porque todos los habitantes del interior sienten una oscura y mal explicada antipatía por sus vecinos de extra-muros.

La cintura de piedra del pueblo viejo se abre en unos sitios por puertas ogivales; en otros se rompe irregularmente dejando un boquete que por días se ve agrandarse.

En algunas de las puertas, debajo de la ogiva primitiva se hizo posteriormente, no se sabe con qué objeto, un arco de medio punto.

En las piedras de las jambas quedan empotrados hierros que sirvieron para las poternas. Los puentes levadizos están substituidos por montones de tierra que rellenan el foso hasta la necesaria altura.

Urbia ofrece aspectos varios según el sitio de donde se le contemple: desde lejos y viniendo de la carretera, sobre todo al anochecer, tiene la apariencia de un castillo feudal; la ciudadela sombría, envuelta entre grandes árboles, prolongada después por el pueblo con sus muros fortificados que chorean agua, presenta un aspecto grave y guerrero; en cambio desde el puente y un día de sol, Urbia no da ninguna impresión fosca, por el contrario, parece

una diminuta Florencia, asentada en las orillas de un riachuelo claro, pedregoso, murmurador y de rápida corriente.

Las dos filas de casas bañadas por el río, son casas viejas con galerías y miradores negruzcos, en los cuales cuelgan ropas puestas a secar, ristras de ajos y de pimientos. Estas galerías tienen en un extremo una polea y un cubo para



Los que acuden a los mercados con sus ganados y sus industrias.

subir el agua. Al finalizar las casas, siguiendo las orillas del río, hay algunos huertos, por cuyas tapias verdosas surgen cipreses altos, delgados y espirituales, lo que dá a este rincón un mayor aspecto florentino.

Urbia intra-muros se acaba pronto; fuera de las dos calles largas, sólo tiene callejones húmedos y estrechos y la plaza. Esta es una encrucijada lóbrega, constituida por una pared de la iglesia con varias rejas tapiadas, por la Casa del Ayuntamiento con sus balcones volados y su gran portón coronado por el escudo de la villa, y por un caserón enorme en cuyo bajo se halla instalado el almacén de Azpillaga.

El almacén de Azpillaga, donde se encuentra de todo, debe dar a los aldeanos la impresión de una caja Pandora, de

un mundo inexplorado y lleno de maravillas. A la puerta de la casa de Azpillaga, colgando de las negras paredes, suelen verse chisteras para jugar a la pelota, albardas, jáquimas, monturas de estilo andaluz; y en las ventanas que hacen de escaparate, frascos con caramelos de color, aparejos complicados de pesca, con su corcho rojo y sus cañas, redes sujetas a un mango, marcos de hojadelata, santos de yeso y de latón y estampas viejas y sucias por las moscas.

En el interior hay ropas, mantas, lanas, jamón, botellas de Chartreuse falsificado, loza fina... El Museo Británico no es nada, en variedad, al lado de este almacén.

A la puerta suele pasarse Azpillaga, grueso, majestuoso, con su aire clerical, unas mangas azules y su boina. Las dos calles principales de Urbia son estrechas, tortuosas y en cuesta. La mayoría de los vecinos de esas dos calles son labradores, alpargateros y carpinteros de carros.

Los labradores, por la mañana, salen al campo con sus yuntas. Al despertar el pueblo,

al amanecer, se oyen los mugidos de los bueyes; luego, los alpargateros, sacan su banco a la acera y los carpinteros trabajan en medio de la calle en compañía de los chiquillos, de las gallinas y de los perros.

Algunas de las casas de las dos calles principales muestran su escudo, otras sentencias escritas en latín y la generalidad un número, la fecha en que se hicieron y el nombre del matrimonio que las mandó construir...

Hoy, el pueblo lo forma casi exclusivamente la parte nueva, limpia, coquetona, un poco presuntuosa. El verano cruzan la carretera un sin fin de automóviles y casi todos se paran un momento en la casa de Ohando, convertida en Gran Hotel de Urbia. Algunas señoritas apasionadas por lo pintoresco,

mientras el grueso papá escribe postales en el hotel, suben las escaleras del portal de la Antigua, recorren las dos calles principales de la ciudad y sacan fotografías de los rincones que les parecen románticos y de los grupos de alpargateros que se dejan retratar sonriendo burlonamente.

Hace cuarenta años la vida de Urbia era pacífica y sencilla; los domingos había el acontecimiento de las vísperas. Después en un prado anejo a la Ciudadela y del cual se había apoderado la villa, iba el tamborilero y la gente moza bailaba alegremente, al són del pito y del tamboril, hasta que el toque del Angelus terminaba con la zambra y los campesinos volvían a sus casas después de hacer una estación en la taberna.»



Y todos los vascos, en general, son dignos hermanos del ya inmortal héroe de Urbia.

Fots. Sataú.

UNA EXPOSICIÓN POSTUMA

LAS ÚLTIMAS OBRAS DE MATEO INURRIA

HEMOS vuelto al estudio del maestro con un bien justificado temor, y al mismo tiempo con una sincera amargura: con el temor de encontrarlo vacío, sin aquel alentar de entusiasmo y sin aquel noble afán de superación que lo animaba y lo llenaba de vida; con la amargura de ver derribado el hermoso edificio de ilusiones del escultor ilustre, destruido en un instante por un soplo de muerte, cuando el arte y el éxito le llevaban en pleno triunfo, seguido por la gloria y la fortuna... Pero al entrar en aquel apacible rincón del caserón de la glorieta de Quevedo, una impresión halagadora parece aliviar la pesadumbre... Es que el espíritu del gran artista permanece aún en la que fue morada de su arte, alentando poderosamente en sus obras. Y como en los días de lucha y de victoria, han desfilado por allí los amigos, los compañeros, los admiradores, los que le querían desinteresadamente y acaso también los que le envidiaban y ya no temen su competencia vencedora...

Con un gran cariño y una ferviente devoción para la memoria del maestro, ha querido la viuda de Inurria que la obra póstuma de éste obtenga el merecido homenaje de admiración, y siguiendo una inspiración acertada la expuso al público en el mismo estudio en que fueron concebidas y creadas y donde tantas ilusiones se engendraron. En el concierto de las alabanzas no ha habido que no ha podido haber, una sola nota discordante. El juicio ha sido tan unánime como entusiasta, pero con serlo tanto, no fué tan grande como la justicia que lo inspirara. En la hermosa obra de Inurria representada estos trabajos póstumos acaso lo mejor de su arte y son la expresión de una fase nueva, la definitiva, acaso, en la evolución del artista.

Tres magníficas esculturas componen la obra póstuma principal de Inurria, y en las tres se demuestra cómo el ilustre escultor había llegado al pleno dominio de su arte. Dos de ellas están destinadas a la portada central de la nueva Necrópolis de Madrid y son de gran tamaño y realmente admirables. La muerte sorprendió a Inurria cuando daba los últimos toques a sus geniales creaciones, y sin terminar por completo quedaron, y así se las dejará con muy buen acuerdo. Una de las esculturas representa a Cristo en actitud de bendecir; la otra a San Miguel, aplastando con su planta al diablo y sosteniendo en la mano una balanza para pesar las almas.

Son dos concepciones de alto interés y de una originalidad grande. El Cristo ha sido visto por Inurria de un modo muy distinto a como hasta ahora se ha venido modelando. No se ven en su cara signos de tristeza, ni nada en él nos habla de la tragedia de su vida. Todo en la figura es paz y serenidad y dulce beatitud, como si el artista hubiera querido presentarnos, antes que al ser sobrenatural, al hombre bueno que se sacrificó por sus semejantes.

La estatua de San Miguel denota igualmente la inspiración de Inurria. La balanza en la que se presenta el simbolismo de pesar las almas y sobre cuyo platillo descansa una figura, difuminada para dar la sensación de lo irreal, es un alarde de fantasía; el demonio, aplastado bajo los pies del Santo, constituye un prodigio de técnica.

La estatua de San Miguel denota igualmente la inspiración de Inurria. La balanza en la que se presenta el simbolismo de pesar las almas y sobre cuyo platillo descansa una figura, difuminada para dar la sensación de lo irreal, es un alarde de fantasía; el demonio, aplastado bajo los pies del Santo, constituye un prodigio de técnica.

El visitante no se cansa de admirar las tres magnas obras, en las que queda prisionera la atención. Al distraer la vista, la fijamos en otra obra bellísima, que representa una nota original en la labor de Inurria: es el modelo en yeso de una imagen de Jesús atado a la columna, que el artista hizo luego en madera policromada y que se destina a una iglesia de Guernica. Este trabajo es también un acierto del insigne escultor.

Frente a la figura de Jesús, admiramos otra obra póstuma: un proyecto de fuente monumental para San Sebastián. En la parte anterior, las figuras centrales representan a Venus saliendo del baño apoyada en el Amor y el Deseo—tres hermosos desnudos de mujer de los que con tanta maestría y delicadeza cultivaba Inurria. Al pie, unos delirios vierten el agua en unas conchas, de donde va a pasar a un gran estanque. La maqueta de esta obra ha quedado totalmente terminada, y cuando, con arreglo a ella, se haga el monumento, resultará éste de verdadera grandiosidad. La ejecución es primorosa y la idea de una alta inspiración.

Ya en aquel estudio, hemos vuelto a contemplar muchos de los anteriores trabajos del gran artista, de los que se conservan los modelos. Allí están el famoso «Idolo eterno», las admirables esculturas que Inurria hizo para el Casino de Madrid y otros diversos desnudos, estudios, proyectos y dibujos. Con ellos se mezclan algunos interesantísimos objetos antiguos que Inurria logró reunir en su hotel de «Villa Urdia», en Chamartín de la Rosa: una colección de azulejos antiguos de reflejos metálicos, varios magníficos mosaicos romanos descubiertos por el artista en unas excavaciones realizadas por él en Córdoba; un hermoso retablo de Juan de Juni, de mucho valor, y algunas más.

Toda la obra y toda la vida de Inurria, de honrada claridad, resurgían ante nosotros para hacernos deplorar nuevamente la pérdida del maestro cordobés, que señala para nuestro arte una penosa efemerides, por los legítimos prestigios que consagraron su personalidad. En la historia de la Escultura española contemporánea el nombre y la obra de Inurria ocuparán un alto puesto entre los artistas eminentes.

Hace poco tiempo recordaba un crítico que cuando Inurria surgió a la vida artística la Escultura se hallaba en un período de decadencia. Pero bien pronto se destacaron figuras prestigiosas que renovaron sus esplendores y alcanzaron glorioso renombre. Una de esas altas figuras era el maestro cordobés, muerto recientemente, en plena madurez de su arte.

Tanto mayor mérito y valor tenía esto, cuanto que Inurria vivía retirado y casi olvidado en Córdoba, su tierra natal. Modesto, sencillo, enemigo de camarillas y de intrigas, apenas salió de la ciudad de las ermitas, hasta hace pocos años, más que para concurrir a nuestras Exposiciones o para hacer viajes de estudio por el extranjero. En estos viajes depuró y perfeccionó su arte y renovó su estilo, despojándolo de todo artificio. Solamente luchó, pues, con las armas del trabajo y de la inspiración y del talento, y sus obras se impusieron por la fuerza de su mérito, alcanzando

justos galardones. Nacido en Córdoba, en 1869, de una familia humilde, tuvo que trabajar desde muy joven para ayudar a los suyos. Su padre era un modesto maestro de obras, y en los trabajos de su profesión fué auxiliado por el escultor incipiente, que ya se dedicaba a cultivar tan puras vocaciones. Pasados los años, no se desdénó el artista en realizar algún trabajo de tal naturaleza, aunque de empeño digno de su talento. Un escritor cordobés recuerda a este propósito un caso interesante:

Los misioneros del Corazón de María se habían posesionado del convento de San Pablo, de Córdoba, y su iglesia, vasta como una catedral, construida en los primeros días de la Reconquista, por impulso del Rey San Fernando, en un estilo románico-gótico, había sido enmascarada con yesos churriguerescos de la más suntuosa y bella composición, a fines del siglo XVIII.

Estaba en su apogeo el entusiasmo por el sabor medieval en las construcciones que habían sido transformadas según los sucesivos gustos, y un Padre Pueyo, hombre emprendedor, y enemigo de aquel prurito modernista que atacó como una peste a los eclesiásticos por aquellos días, hizo que se plantease la restauración de San Pablo de Córdoba, restituyendo el primitivo carácter a la iglesia del convento.

El escultor Inurria no tuvo inconveniente en encargarse de la obra y, constructor por instinto, llevó a cabo la empresa con un acierto digno de alabanza.

La primera obra de consideración que como escultor produjo Inurria y a la que debió el comienzo de su fama, fué la bella figura *Un naufrago*, cuerpo muerto de adolescente arrojado a la playa. La figura, admirablemente modelada, llamó la atención y fué muy discutida; el Jurado de aquella Exposición la trató injustamente, excluyéndola de la lista de recompensas. El académico de Bellas Artes, señor Sentenach, lo recordaba recientemente, diciendo que aún tenía en la memoria cómo le preguntaban los examinadores de la obra «si aquella era debida sólo a la habilidad de sus manos o producto de procedimientos de moldeo, dada la precisión admirable de su modelado». Estas dudas eran el mejor elogio de la prodigiosa obra.

En 1895 mandó Inurria a la Exposición nacional su notable estatua de Séneca, que mereció ser premiada con segunda medalla, y fué justamente elogiada por la crítica. Cuatro años más tarde, en el certamen de 1899, presentó su admirable grupo «En la mina», que fué premiado con primera medalla; con ella llegaba Inurria a la completa formación de su personalidad artística. Otra segunda medalla había logrado el escultor con un busto de «Don Quijote», obra de gran inspiración y sentimiento.

De la misma época es una figura de Santa Teresa de Jesús, en la que el artista puso grandes entusiasmos. Esta obra, de la que se han hecho muchos elogios, fué enviada a una Exposición en América, y se perdió en el viaje. El arte proporciona en España, desgraciadamente, muy escasos rendimientos a los que lo cultivan, y Mateo Inurria tuvo que continuar en Córdoba, donde tenía asegurada la vida. De un lado proporcionábanle medios los trabajos de restauración escultórica de la gran Mezquita cordobesa, de los que había sido encargado al iniciar el arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco, recientemente muerto, las obras restauradoras de aquel insigne monumento, único en el mundo. De otro lado, tenía la dirección de la Escuela de Artes y Oficios, que había organizado él y en la que instaló notables talleres, en los que los obreros se adiestran en el trabajo de la piedra, del mármol, de la madera y del hierro.

Hacia 1920, nombrado Inurria profesor de modelado de nuestra Escuela de Artes e Industrias, se trasladó a la corte, y en ese mismo año alcanzó la suprema consagración, mereciendo, en brillante y honrosa votación, la Medalla de Honor, como justa recompensa al conjunto de labor presentada y a la obra toda de su noble vida de artista austero y honrado. De aquel conjunto formaba parte su magna estatua del Gran Capitán, que ya se admira en el paseo de su nombre, en la ciudad cordobesa; un busto de su madre y otros trabajos. Al año siguiente, fué elegido académico de Bellas Artes, ya que para el artista todos los honores y todas las recompensas suelen venir seguidas.

Otras obras notables de Inurria son las tituladas «Idolo eterno», que antes citamos; «La parra». la estatua de Lope de Vega, que se levanta en Madrid; el grupo de la Marina para el monumento a Alfonso XII, que se erige en el Retiro, una de las piezas más bellas del mismo; el hermoso monumento a Rosales, hace dos años inaugurado en el paseo de Recoletos, el prodigioso desnudo «Forma»; tres figuras de Jesús, que hizo para el Seminario de Buenos Aires; un mausoleo que le fué encargado para la misma capital y buen número de bustos, entre ellos el del poeta Grilo y el del torero «Lagartijo».

En arte, como en todas las manifestaciones de la vida, son muchos los que llegan a la meta, creándose una gloria ficticia y deleznable, llevados por el favor de la amistad y en fuerza de gritar, de pedir y de arrastrarse. El admirable escultor cordobés fué lo contrario de esto: un luchador silencioso, modesto y oscuro, que sólo en el trabajo y en el estudio buscó satisfacciones a su espíritu. Y paso a paso, sin alharacas y sin mendigar favores, en fuerza de inspiración, de talento y de trabajo, llegó a la cumbre. Pocos podrán vanagloriarse de haber logrado otro tanto, por tan honrados caminos.

El arte de Inurria fué siempre un arte serio y honrado, lleno de sinceridad, sobrio y elocuente. El maestro procuró constantemente apartarse de efectismos y habilidades, para reflejar noblemente la verdad, aunque embelleciéndola.

Ejemplo elocuente es de ello esta bellísima Exposición que acabamos de visitar, y que no será la última que veamos de las obras del insigne artista cordobés. Más adelante, en efecto, propónese la vida de Inurria hacer una Exposición completa, después de fundidos en bronce los modelos que dejó terminados. Y esta mujer, inteligente y animosa, sobre quien se reflejó con caricia inefable la gloria del maestro, que fué su compañera amante en los días de lucha y en los días de triunfo, no dejará de realizar la empresa que ha echado sobre sus hombros, como sagrada obligación. Los admiradores de Inurria y los devotos del arte se lo agradecerán, seguramente, y no dejarán de prestarle la ayuda que merece.

TRISTAN

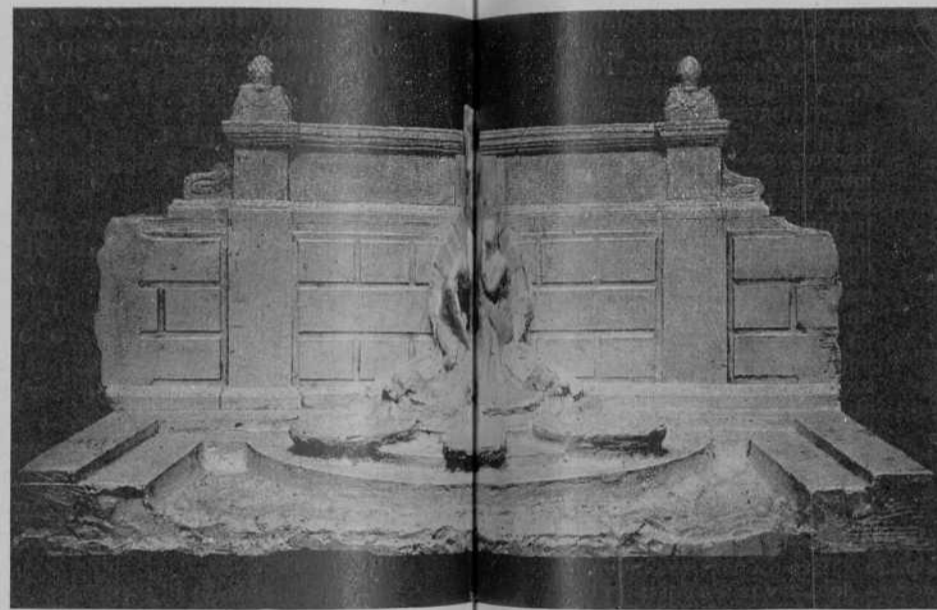


Bellísima escultura: una de las tres hechas para el Casino de Madrid.

La tercera de las obras es un bello y severo mausoleo para el panteón de la familia Torroba, en Córdoba. Sobre la losa sepulcral descansa una escultura yacente, de magnífica traza y soberbia ejecución, que revela el recio temperamento del artista. La misma serenidad del rostro de Cristo se refleja en la faz del muerto. El hábito de religioso que envuelve la figura está admirablemente tratado.



Imagen de San Miguel, Arcángel, para la gran portada de la Necrópolis.



Proyecto para la «Fuente Monumental» de San Sebastián. Obra póstuma de Mateo Inurria.



«Cristo amarrado a la columna.» Talia policromada para la iglesia de Guernica.



Imagen de Cristo para la gran portada de la Necrópolis madrileña.

DESPUES DE TREVIÑO

II

EL 27 DE JULIO

IMPUESTO Don Jenaro Quesada de la nueva situación del enemigo, que atrincherado espera en las formidables y estratégicas posiciones de Villarreal, decide, antes de atacarlas directamente, maniobrar con sus tropas de manera que, el Alto Mando faccioso, se vea obligado a diseminar sus fuerzas de las amenazadoras montañas.

Pocos días después de Treviño-Zamelzu y cuando el General en Jefe, con el comandante del 3.º Cuerpo, se movía por la llanada de Alava en dirección a Salvatierra, intentó hacerlo también después hacia Villarreal, aprovechando la circunstancia de no estar allí todavía completas ni la concentración ni las defensas de los carlistas; pero la falta de raciones obligó a Quesada a suspender la maniobra; pensando, y así lo comunicó al Gobierno, que la gran aglomeración de fuerzas facciosas pertenecientes a las regiones navarras y vascas en una sola, forzosamente tenía que traer le dificultad para vivir del enemigo, pues su sistema de administración estaba basado en que cada provincia no había de sostener más que las tropas de su propia región.

De todos modos, como la actividad de la campaña, principalmente en el campo liberal, era ya un hecho desde la gran victoria de los soldados de D. Alfonso XII el 7 de Julio, el Comandante en Jefe del Ejército dió las órdenes que, cumplidas, debían de traer consigo el dividir a los carlistas concentrados en los montes al Norte de Victoria.

En combinación con los movimientos de Quesada sobre Villarreal, Villegas, que en la izquierda de la línea general, sustituía a Loma, avanzaría con sus tropas, desde Mena hacia Alava y Vizcaya y el brigadier Córdoba, con las fuerzas de la Ribera, desde Logroño hacia Viana.

Aprovechando Villegas la circunstancia de la disminución en el frente faccioso de 3 batallones que habían marchado a Villarreal y el aumento de las suyas en 4 batallones y una batería a las órdenes de Morales de los Ríos, avanza al amanecer del 27 desde Medianas y Mercadillo con las brigadas Ibarreta y Cuadros, aumentadas con la infantería de Morales, 2 Compañías del 2.º Batallón de Marina, una de la Guardia Civil, la contraguerrilla, 10 piezas de montaña y 3 escuadrones de Alvuera. Al mismo tiempo protege Villegas su izquierda con 7 Compañías de la Reserva n.º 24 y la extrema izquierda de su línea general con la columna de Ramales que por los montes Orduntes amaga a Valmaseda.

Con las primeras luces del día y sin dificultad, por efectos de la sorpresa, desalojan las tropas de la brigada Ibarreta a las avanzadas del enemigo de la meseta de Viérgol y del cerro de San Miguel.

Desde estas alturas, muy importantes posiciones, sin duda, podían observarse las fuertes defensas que los facciosos tenían hechas enfrente.

Siete batallones carlistas con 6 Witwort a las órdenes de Cavero, ocupaban en 3 líneas los parapetos y baterías entre los pueblos Bortedo y Arza y después las casi inaccesibles trincheras en el Monte Celadilla.

A las 7 de la mañana se reanuda la pelea. Protegida la brigada Ibarreta por una batería

Plasencia colocada en el conquistado cerro, avanza con 3 batallones, dejando en posición el 23 de la Reserva.

Bajo un fuego nutrido y certero que parte de las lomas de San Pelayo, en donde el enemigo mantiene su derecha, descienden primero para ascender después los soldados de la brigada Ibarreta.

Ni las balas, ni las sinuosidades del terreno, ni el sol abrasador de un día canicular, logran contener a los bravos de la Libertad, que a paso de carga toman las alturas, expulsando de ellas a los facciosos que, en su retirada, se hacen fuertes en los pueblos de Bortedo y Artuaño. De ellos son también arrojados, a la bayoneta, los carlistas entre torbellinos de hierro y fuego y millares de víctimas que ruedan por el suelo.

Ya en las trincheras del monte Celadilla, la pelea aumenta en intensidad; allí los facciosos

8, cuando un intenso estampido atenuado por la distancia y que procedía de la izquierda del Ebro, seguido de otro y de otro y de muchos más, sorprendió a los moradores del campo y de la ciudad, viendo, al mismo tiempo, cruzado el espacio por estelas luminosas, que terminaban en frecuentes explosiones...

Es Pérula que, procedente del lado de Treviño y de Laguardia, con un batallón castellano, 3 navarros, 2 escuadrones, la partida volante del Pichoche y numerosa artillería, hace sentir los efectos de sus cañones Whitwort y Wolwich desde las cimas del Corvo y desde los altos de Cantabria, desde los lugares mismos en que, en los días del Emperador Carlos V, aparecieron, para sitiar a Logroño, los guerreros del Rey galante y caballero, el Rey Francisco I de Francia.

Pasado el primer momento de estupor, la población de Logroño, en su mayoría, permaneció tranquila y serena, firmemente decidida a prestar su más enérgico apoyo a las tropas de la Guarnición, que, a las órdenes del brigadier gobernador militar de la plaza, Don Gabriel Lacy, constituían 2 compañías de infantería, una de artillería de a plaza, fuerzas de la Guardia civil y de Carabineros y una sección de caballería, Total 1.300 infantes y 40 jinetes.

La imaginación entusiasta de la Historia, basada en los hechos, reconstruye aquellos momentos y los vive. Noche azul de Luna diáfana y de limpias y centelleantes estrellas, más propia para el galanteo que propicia a los estragos de la metralla; noche final del día de bravío calor, en que aquellos riojanos, poniendo su entereza a la altura de sus ascendientes en el siglo XVI, se prepararon para demostrar a los facciosos, que si los siglos habían pasado y con ellos los tiempos poderosos de la Nación Española, no así el valor que

continuaba siendo el mismo de los que pelearon al lado del Capitán Pedro López de Guevara contra los franceses de Antoine de Foix; de los que luchando por las banderas de Carlos V, humillaron desde las murallas del viejo Logroño la pujanza de los caballeros de Francisco I, que ufanos creyeron poder engarzar, por la fuerza de sus espadas, todo el territorio de Navarra a la corona de su Rey, aprovechando la desunión española por la guerra de las Comunidades y la ausencia del César en Alemania.

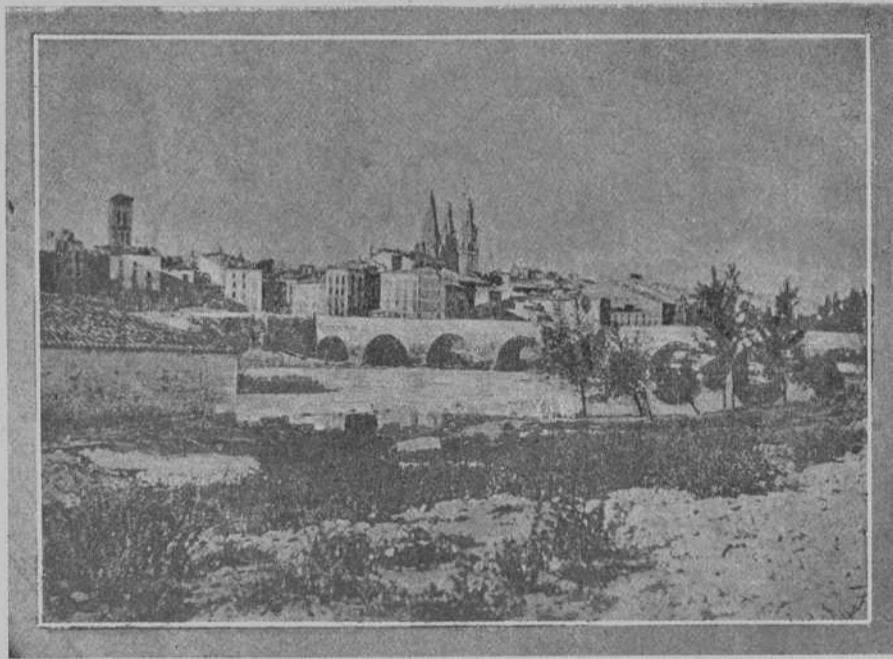
Empuñaron los paisanos sus escopetas de caza y tomando el bombardeo más a chacota en serio, curiosos observaban, desde sus puntos de vigilancia, entre copiosos tragos de clarete y de tintorrón y degluciones, no escasas de pan y de picante *chil*, el paso aéreo de los proyectiles, que aquellos valientes, entre ruidosas carcajadas, llamaban, por su forma, *pepinillos*.

Y así pasaban las horas entre el zumbido lejano del cañón enemigo y el trueno mas lento del cañón de la plaza, el veterano Abuelo, que situado cerca del puente, disparaba y disparaba siempre...

Caían los proyectiles carlistas dentro y fuera de la ciudad, y, aunque su estrago no era grande, causaban daños en los campos sembrados y sobre las carreteras de Soria y de Calahorra, y en la plaza, explotando en la torre del Seminario y en diferentes templos y edificios.

A las doce de la noche cesó el cañoneo, después de haber lanzado los facciosos sobre la ciudad, 315 proyectiles de diferentes calibres, que fueron contestados por 250 de la plaza.

Puesto el suceso de bombardeo en conoci-



La ciudad de Logroño, vista desde la orilla izquierda del Ebro, en 1875.

luchan como verdaderos héroes y mueren matando; allí el Regimiento de Mallorca, la Reserva n.º 3 y la contraguerrilla, logran triunfar definitivamente de sus enemigos, posesionándose del centro y de la derecha de los carlistas.

Entre tanto, la brigada Cuadros, que lleva a su frente al General Morales de los Ríos, hace prodigios embistiendo la izquierda de los facciosos. Los batallones del Infante y la Reserva número 4 arrollan al enemigo que se ve envuelto en las cimas del macizo Celadilla, abandonando sus trincheras, atacadas de revés. Entonces las brigadas Ibarreta y Cuadros se dan la mano en las disputadas cumbres viendo huir a los facciosos, amenazados también de cerca por la columna de Ramales.

Establece Villegas su Cuartel General en Artuaño y hace que sus tropas descansen en las posiciones conquistadas.

Durante la noche llega al cercano pueblo de Arciniega el general carlista Mogrovejo con refuerzos que, unidos a los que llegan también, por el lado de Gordejuela, aumentan de modo considerable, el número del enemigo.

Villegas, conseguido el objeto de su movimiento, que no era otro que el atraer sobre sí fuerzas facciosas, disminuyendo de este modo, las que ocupaban las defensas en Villarreal, emprendió la retirada, primero sobre Viérgol y San Miguel y después sobre Villasana de Mena, quedando aquí a la expectativa.

La misma noche del 27, tuvo lugar el bombardeo de la capital de la Rioja.

Caía la tarde, iba envolviendo el crepúsculo la urbe de Logroño y sus contornos, daban las

miento del Ministro de la Guerra y del Alto Mando del Ejército de Operaciones, inmediatamente se ordenó al Comandante General de Miranda de Ebro que tuviera dispuestas a 4 compañías del Provincial de Valladolid para marchar a Logroño al primer aviso, esto es, si los carlistas renovaban el ataque; que Tello enviase desde la Puebla de Arganzón a Haro, la Reserva n.º 12, por si el bombardeo de Logroño hubiera sido sólo un amago del enemigo para dar un golpe formal sobre Haro o sobre Logroño, y finalmente, que un batallón de la Princesa pasase de la Puebla a Miranda.

Sabiendo el brigadier Lacy desde las primeras horas del 28, que los facciosos se habían replegado sobre Viana, dejando sólo ligeras avanzadas en los puntos ocupados la noche anterior, dispuso que algunas fuerzas de tropas y de voluntarios saliesen a reconocer el terreno, con objeto de poder apreciar, con la mayor exactitud, los movimientos y situación del enemigo.

Así se hizo saliendo tropa y voluntarios por la puerta de las murallas que daba al puente sobre el Ebro, regresando a la caída de la tarde con la noticia de que el grueso de las fuerzas de Perula volvía a ocupar los altos de el Corvo y de Cantabria y el camino de los olivares de Oyón.

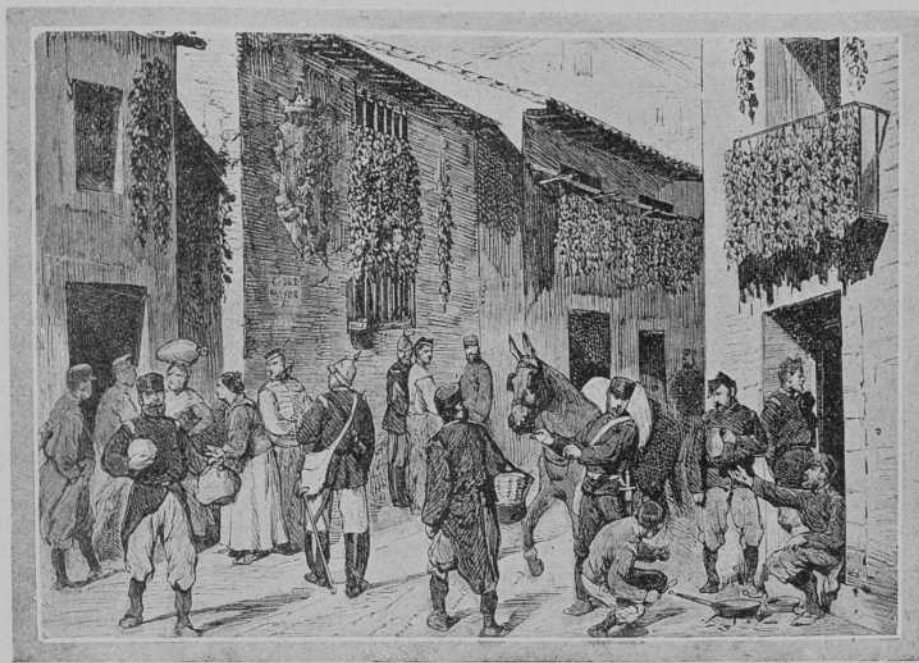
Todo parecía anunciar un nuevo ataque de los carlistas sobre Logroño, y en previsión de

él, el Gobernador militar mandó que las fuerzas de la columna de la Rioja que estaban en Cenicero, 6 compañías del Provincial de Badajoz y 40 caballos de Numancia, pasasen, sin demora, a Logroño, que las compañías del Provin-

Otra vez el enemigo establecido en sus posiciones durante la mañana del 29, rompió el fuego sobre la plaza en las primeras horas de la tarde. Pero fué tan vivamente contestada la agresión por parte de la tropa y de los paisanos, que hubieron los facciosos de cesar bien pronto en sus hostilidades, aunque los edificios de la ciudad tuvieron que sufrir algo por efectos del bombardeo.

«En tanto que ocurrían los sucesos de Logroño, dice la Narración Militar de la Guerra Carlista, la división de la Ribera, mandada accidentalmente por el brigadier Córdova, por haberse encargado el general Catalán del mando del primer Cuerpo, en ausencia de la Portilla, que disfrutaba de licencia, había recibido órdenes de efectuar una operación sobre Viana, para oponerse a la amenaza que representaba la situación del enemigo en este punto. En consecuencia las fuerzas del brigadier Córdova pasaron a Larraga, desde sus cantones de Artajona y Mendigorria; allí se incorporó el 1.º Batallón del Regimiento de la Reina, y se dirigieron después todas, por Lerín y Sesma, a Mendavia. Marcharon el 30 a Logroño y llegaron a esta plaza a las 12 del día, algo después que 6 compañías del batallón de la Reserva n.º 12 y 4 de la Princesa, procedentes, respectivamente, de Haro y de Miranda, quedando en Haro 2 compañías de la Reserva n.º 12 y 4 de la Princesa».

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.



Aspecto de la «Calle Mayor» de Lerín en un día de llegada de tropas.

cial de Valladolid, preparadas en Miranda, se incorporasen así mismo y que en la capital fuera reforzada la guardia del puente sobre el Ebro y defendido el vado de Varea cercano a la ciudad.

Reserva n.º 12 y 4 de la Princesa, procedentes, respectivamente, de Haro y de Miranda, quedando en Haro 2 compañías de la Reserva n.º 12 y 4 de la Princesa».

DOLORES MUÑOZ DE LA RIVA SU EXP. SICIÓN DE RETRATOS

LA joven entusiasta y cultísima artista, nació en París, hija de dos ilustres pintores españoles, de reputación mundial: Domingo Muñoz y María Luisa de La Riva, que la educaron en el amor a su arte y a su patria, y de quienes heredó su temperamento artístico.

Albums, lápices y colores fueron sus juguetes; y, guiada en sus estudios por su madre, que la condujo con severidad y pulcritud en sus comienzos artísticos, muy niña aún, hizo ya su presentación en algunas exposiciones de París y obtuvo los plácemes y pronósticos más halagüeños de críticos eminentes, por la sinceridad y cualidades que revelaba.

Estimulada con sus éxitos, ya solo le faltaba la luz de España, (a donde vino por la guerra), y la admiración y estudio de nuestra gloriosa tradición artística, para desarrollar plenamente su talento extraordinario, en el cultivo de ese arte divino, donde tanta gloria le espera.

No se da con ella el caso de buscar parangones o inspiraciones en obras clásicas consagradas o celebradas. Su arte es personalísimo, y, los retratos de los maestros ingleses de los siglos XVIII y XIX, y los españoles y flamencos del XVII, que fueron y serán siempre venerados maestros de su devoción y que tanto admiró, le sirvieron de estudio, y le enseñaron, justamente, a ser sincera y personal.

Su arte valiente, de línea correcta y franca, de fresco y justo color, donde se dice lo más con lo menos; la gallardía de la factura amplia y segura; el espíritu que sorprende, con su alma de artista, en el alma de sus personajes; la vida con que los anima, imponen esa religiosidad con que se contempla y admira la belleza severa y sobria, elegante y aristocrática, del arte sublime de sus retratos.

Y esto es lo que se admira en esa colección de retratos al pastel, que expone en los suntuosos salones de los Sres. Herraiz y Compañía, digno y adecuado marco para presentar obras

de tal interés, de un arte maestro, exquisitamente depurado.

Mucho más podríamos decir; pero dejaremos al lector que complete nuestro juicio con el suyo, haciendo justicia a las cualidades de tan grande como modesta artista; que, así como no es bella la lisonja, es injusto restar a la verdad y a la virtud sus merecimientos y aplausos.

Un Amateur

EL CONCURSO DE LAWN-TENNIS

Con gran brillantez se están celebrando en las pistas del Real Club de la Puerta de Hierro las pruebas del concurso anual de lawn-tennis.

Son este año los favoritos Eduardo Flaquer, campeón de España ahora, pues acaba de conquistar el título en Huelva, y Pepe Alonso, recién llegado de los Estados Unidos, donde, en unión de su hermano Manolo, ha colocado a gran altura el tennis español.

Entre los demás jugadores figuran el príncipe Max de Hohenlohe, el ministro de Suecia, monsieur Wollman Bostron; los notables jugadores catalanes Juanico Saprisa y Torrella, y los madrileños Fleichner, Sutrústegui, Liencres, Jencquel y Castillo.

También juegan, entre otros, Johnson, Bourbon, Triana, Benjumea, Fuller, Morales, Conejos, Torres, Romea y Vizcaya.

El campeonato de las señoras será, sin duda, una prueba muy disputada e interesante, por el gran número de jugadoras de primera línea que lo disputan.

Destacan, entre ellas, la baronesa de Segur, Cristina Castejón, Luisa Carvajal, Lucía A. de Toledo, la señora de Fleichner, Josefina Gomar y María Rózpide.

Entre las contendientes figuran asimismo Inés Villamarciel, Teresa Liencres, Consuelo Oluquer, Concha Liencres y Rosa San Miguel.

UNA FIESTA ELEGANTE EN LA LEGACIÓN JAPONESA

EN la Legación japonesa se celebró recientemente una de las comidas con que el ministro conde Kinjiro Hirotsawa, obsequia al Cuerpo diplomático y la sociedad de Madrid.

Con el representante del Japón se sentaron a la mesa el Jefe del Gobierno, el embajador de Inglaterra y lady Rumbold, el de Bélgica y la baronesa Borchgrave, el de los Estados Unidos y su sobrina mistress Martín; el de Francia, vizconde de Fontenay; contraalmirante marqués de Magaz; general Milans de Bosch, jefe del Cuarto militar del Rey; subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; ministro de Uruguay y señora de Fernández Medina; señorita Concepción Heredia, dama particular de la Reina; ministro de Cuba y su hija Mrs. Harris; señora viuda de Núñez de Prado; ministro de Holanda, señor Melvill, e introductor de embajadores, conde de Velle, entre otros.

Después de la comida hubo una recepción, a la que asistieron el Nuncio apostólico, monseñor Tedeschini; el ministro de Suecia y Mme. Bostrom; el de China y Mnte. Liou; el de Suiza y señora de Mengotti; el de Noruega y señora de Lie; el de Portugal, señor Mello Barreto; encargado de Negocios de Italia, señor Maccario; el de Servia, señor Nastesyevitch; el consejero de los Estados Unidos y mistress Johnson; el ministro de España en Berna, señor Palacios; los marqueses de Torrelaguna y Selva Alegre; señora de Serrat, señorita Carolina Carvajal, don Carlos Prast, secretario de la Embajada alemana y señora de Heberlein y otros diplomáticos extranjeros.

La concurrencia se vió agradablemente sorprendida con la presencia de la gentil artista Cándida Suárez, que fué muy aplaudida en varias canciones de su selecto repertorio. La notable pareja de baile Tina y Gherardy, tan conocida y estimada en Madrid, fué también muy celebrada en sus originales danzas.

En uno de los salones se organizaron partidas de bridge, terminando la fiesta con una cena que fué espléndidamente servida.

EL NUNCIO DE SU SANTIDAD EN MADRID, MONSEÑOR FEDERICO TEDESCHINI, ARZOBISPO DE LEPANTO

(CON MOTIVO DE SU DISCURSO, EN EL TEATRO DEL CENTRO, A LAS JUVENTUDES CATÓLICAS)

ADMIRACIÓN profunda, grande y leal afecto, siento yo por el Nuncio Monseñor Tedeschini. Admiración y afecto *per se, no per accidens*; quiero decir, — *e a buon intenditor poche parole*, — con vistas sólo a la amistad por la amistad, ¡y nada más!.. No sé, en verdad, qué de inexplicable, de magnético, me ha encadenado a él, desde una invernal noche, en que yendo al viejo Palacio de la Nunciatura, a preguntar al ilustre Auditor de ella, Monseñor Antoniu Guerinoni — varón insigne, meritosísimo, canonista e historiador preclaro —, algo relacionado con la imposición de la birreta cardenalicia, a mi noble amigo el actual Arzobispo de Toledo, el Cardenal Reig, hube de saludar inesperadamente al Sr. Nuncio, quien, en los instantes esos, atravesaba por un salón. Su figura, tan distinguida; el peculiar timbre de su voz, un poco melancólico, muy italiano, muy musical, que me hacía recordar aquellas dulces exclamaciones del *Traustevere*, ¡*Ohimè!*, ¡*Miseromè!*, ¡*Poveromè!*.., que no he podido escuchar nunca sin sentir, inmotivadamente, una gran tristeza; el carácter particular de sus palabras, la lumbre de su rostro, la nobleza de sus maneras... todo ello quedó, de entonces para siempre, incorporado a mí.

Y no sé por qué, a poder de una misteriosa asociación de ideas y de recuerdos, creí ver ante mí, al saludar por la vez primera al Señor Nuncio, — alto, señorial, prestantísimo, tocado con la violácea birreta prelaticia, de moaré *antiq*, ceñida, a la cintura, la sedeña faja morada, con los vivos y los botones, también morados, de la sotana, debajo de la negra *dulletta* —, al Cardenal egregio Mariano Rampolla de Tindaro, quien debió ser Papa ya hace años, a no haberse interpuesto el nefasto veto de alguna Potencia... ¡El Cardenal Rampolla!.. de inmortal recuerdo para mí, de los fragantes y luminosos *días aquellos*, ya lejanos, de la adolescencia ensoñadora. ¡El Cardenal Rampolla!.. que tuvo para el modesto estudiantillo, entonces, de la Escuela Superior Diplomática, palabras afectuosas, alentadoras, siendo él Nuncio en Madrid; y quien, una primavera mañana, me abrazó y felicitó cariñosamente, en el atrio de la iglesia de la Encarnación, por haber discursado yo acerca del Poder temporal pontificio, en sesión solemnisima de la Juventud Católica de la Corte, de la que fui socio, y socio muy activo, en distintos órdenes. Y con el Cardenal Rampolla iba, esa mañana, el Secretario de la Nunciatura, Monseñor Santiago della Chiesa, más tarde el Papa Benedicto XV.

Y al par que el recuerdo del Cardenal Rampolla, surgió de pronto, en la imaginación mía, el recuerdo, mejor, la visión real y plástica, de algunos de aquellos famosos Cardenales, historiados por el alemán Leopoldo Ranke, en su libro admirable, *Historia del Papado en los siglos XVI y XVII*, el mejor de todos los libros de Ranke, aún mejor que su *Historia de Alemania*, parcial, muy parcial, hablando de Lutero, y que su *Historia de Francia e Inglaterra*, y que los *Orígenes de la Guerra de los Siete años*. ¡Qué Cardenales! ¿Los recordáis?.. Gallio di Como, asceta y diplomático, de consuno; y Sirloto, el filólogo, el amigo de los niños y de los campesinos, a quienes compraba sus haces de leña, en trueque de enseñarles el Catecismo; y San Carlos Borromeo, en quien hay algo, mucho, de los primitivos obispos de la Iglesia, y cuya dulce memoria no se apartaba de mí, visitando en Milán la *grande macchina de il Duomo*. — ¡Oh, Manzoni, en *Il Promessi sposi*! —, o por la paradisíaca *Isola Bella*, o recorriendo las montañas y los valles eglógicos que circuyen al Lago Mayor; y Maffei, que historió, en un libro célebre, la conquista de las Indias Portuguesas por el Cristianismo; y Roberto Belarmino, «el más ilustre de los controversistas», como le llamó Ranke; y Torres, que concluyó la Santa Liga contra los Turcos; y Madruzzi, el

Catón del Sacro Colegio, como sus contemporáneos le llamaron; y Rusticucci, austero y penitente, a modo de un solitario de la Tebaida, en medio de la Corte pontificia; y Santorio, sabio y eremita, y Baronio, el omniscio...

Y también, también recordé, entonces, en esa noche en que cruzaba mis primeras palabras con el Nuncio, a aquel otro preclarísimo *Federico*, aquel Federico Borromeo, Cardenal Arzobispo de Milán, de quien con tanto amor habla Alejandro Manzoni, en el *Capitolo XXII* de su *Storia milanese nel secolo XVI, Il Promessi sposi*: «aquel Prelado — dice Manzoni, — cuyo nombre y memoria, en cualquier tiempo, recrea el ánimo con un agradable sentimiento de respeto y dulce simpatía; y quien nacido en el año de 1564, fué uno de aquellos Pastores ilustres, raros en todos los tiempos, que con un talento superior, y con las ventajas de su clase y nacimiento privilegiados, puso todo su empeño en el bien de sus prójimos, y atendió siempre a las inspiraciones de la abnegación, de la caridad, de la humildad, más acendradas, y a las cristianas máximas relativas a las vanidades de la tierra, a la injusticia del orgullo, a la verdadera dignidad, y al bien verdadero...»

¡Qué paralelismo podría hacer aquí, si dispusiese de lugar y espacio para ello, entre el Cardenal Arzobispo de Milán, Federico Borromeo, primo de San Carlos Borromeo, e inferior a él en edad, en veinticinco años; y el Nuncio Monseñor Tedeschini!

Como Federico Borromeo, estotro Federico, es accesible a todos, a altos y a bajos, *sin acepción ninguna de personas*; y pienso que tiene sus singulares complacencias en tratar, más que con los poderosos y felices del mundo, con los humildes, sin valedor ni amparo alguno sobre la tierra; y a *esos*, a los últimos de los últimos, — según el juicio de los hombres, que no es, no, el de Dios —, trata él con afecto tiernísimo, y con delicadezas y atenciones conmovedoras, tanto más cuanto sabe qué poco de esto encuentran los humildes, en su triste odisea...

Como Federico Borromeo, — y en frase de Manzoni, hablando del gran Prelado de Milán, — «es apacible y dulce el genio» del Nuncio, «y ecuánime su carácter». Como a Borromeo, no le seducen a Monseñor Tedeschini, las pompas terrenales, *vanitas vanitatum, et afflictio spiritu*; «ni le engríe su alta dignidad; y como Borromeo, «es modesto, y prudente, y enemigo de exhibiciones»; y como él, «se aplicó al estudio, en edad temprana, y lo hizo con todo aprovechamiento, y entre tantas y tantos títulos de alabanza», merece el Sr. Nuncio, como lo mereció el Cardenal Arzobispo de Milán, «el título de docto».

Y es, asemejanza de aquel Arzobispo, «ingénuo, sencillo, de interior vida, solitario», en cuanto le permiten serlo sus eminentes cargos; y artista, hasta la levadura de su alma, tan dulce, tan efusiva, y tan jugosa; y un enamorado, ardorosamente, santamente, de toda noble y pura idealidad, de todo lo bueno, verdadero y bello, epifanías sublimes y gloriosas, sobre la tierra, del Dios *abscondito*.

Y hasta es su porte, como el de su homónimo de Milán, — y Manzoni lo dice —, «de edificante compostura, majestuoso», y hierático, «cual de aquel que ha nacido para el sacerdocio, para las vestes levíticas, para el altar, para el pontificado», según escribe Lamartine, hablando de Bossuet. Y es su mirar, «grave y afectuoso juntamente», tal que el de Borromeo; «y es su frente espaciosa y prócer, y hay una gozosa y juvenil ternura en sus facciones, reflejo de la serena e inaltable paz de su espíritu; y es grande la bondad, la naturalidad y llaneza de su trato», como lo era la de Federico Borromeo, y que le movió a visitar un día — y así podeis leerlo en *Il Promessi Sposi*, — a la novia de Renzo, Lucía, «puesta en salvo», en la pobre casa de Inés, su madre, «honrando con su visita el Arzobispo — dice Manzoni, — la santa y re-

signada pena de los humildes, y honrándose también a sí propio, y a su ministerio», o que le hacía tratar, con indecible afecto, a los hambrientos y a los apestados de Milán, cuando aquella peste terrible, que historió Alejandro Tadino, en su libro de *Il morbo milanese*. Yo muchas y muy estrechas semejanzas hay igualmente, entre el amor del Nuncio a la justicia, *esa reina de todas las virtudes*, en sentir de Séneca, hoy tan vilipendiada y conculcada por los altos, de todo linaje, y el amor a esa capitalísima virtud, de Borromeo, *convencido de que no hay en justicia superioridad de un hombre sobre los demás hombres, sino en cuanto redunde en mayor bien del prójimo*.

Admirables palabras que dijo Federico Borromeo, al ser obligado, en el año 1595, por el Papa Clemente VIII, a que aceptase la Sede arzobispal de Milán. Y las hay, además, entre los sentimientos caritativos, talmente evangélicos, de Borromeo, y del Nuncio; pensando ambos, «que la vida no debe ser un peso para muchos, y una delicia para algunos, sino que los felices, los poderosos, los puestos sobre el pavés, han de tratar a los humildes, a los tristes, como a hermanos, *en espíritu y en verdad*...»

¡Sí, sí...! ¡Qué paralelismo — repito, — entre el Cardenal Arzobispo de Milán, Federico Borromeo, cuya historia podeis leer en el libro de Joseph Antonio Saxii, *Archiepiscoporum mediolanensis* (Milán, MDCCLV), y el Nuncio Monseñor Tedeschini; misionero, casi, por sus apostolados, desde sus días de adolescente, en Rieti, en Androco, al rumor de la fragorosa cascada del Vellino; místico, por sus tendencias; político, en el mejor sentido del vocablo, por su espíritu conciliador, pacífico, a modo de *il Fratello d'Assisi*, de Ugolino, Cardenal de Ostia, de Venturino de Bérgamo, de Giovanni Gualberto; patricio por su cuna, y plebeyo por la confusión de sus sentimientos con los sentimientos del pueblo, demócrata evangélico el Nuncio, *no in verbis, sed in factis*; perspicuo de intelecto, abundantísimo y elocuentísimo de palabra; ardiente de corazón; grande siempre en su sencillez, en su humildad, en su modestia — modestia verdadera —, y en su desusamiento y renuncia, sino reales, porque Dios así no lo ha querido, *afectivas*, de casi todas las cosas de la tierra...

Su amistad y su predilección honran, extremadamente. Y su nombre — como Bossuet dijo de una grande alma, — «está ya cubierto y aureolado por la pública y universal estimación». Y todo, en torno del Sr. Nuncio, parece tomar un singular e inconfundible carácter de magnificencia y majestad. ¡Qué amables, qué atrayentes, y qué excelsos, los caracteres estos, como el del Nuncio, cuando ya no hay caracteres entre los hombres, ni apenas quedan en ninguna parte almas cumbres, que se están yendo, en fúnebre cortejo, como se iban los dioses clásicos, en los postreros días del paganismo, cuando una tristeza y una desesperanza inenarrables, henchían el mundo, tomado, como el mundo actual, «de cancerosa podredumbre», que diría Donoso! Mas entonces, aún lucía en algunas almas, un albor de esperanza... Y Virgilio, el tiernísimo, cantaba en su Égloga IV, aquello de

Jam nova progenies coelo demittitur alto...

¿Y ahora? ¿Ahora? ¿Dónde, ese albor de esperanza está?... ¿Quereis mostrármelo?... Porque, ¡qué tremenda, qué ignominiosa, y qué irremediable, dentro de lo humano, la decadencia moral de nuestra época! ¿Dónde, dónde las almas grandes? ¿Dónde, los grandes, los sublimes impulsos del espíritu, sustituidos, en la actual hora, por no sé qué razonamientos frívolos, insinceros, terriblemente áridos? ¿Dónde, la augusta majestad, y la severa profundidad del ideal, reemplazadas, nefastamente, por las argucias y las sutilezas, de la más ruin laya, de estos *indiscutibles* razonadores que padecemos? ¿Dón-

de, la amable, la amabilísima, la cautivadora modestia de los tiempos que fueron las *humildes virtudes de violeta*, cual Lacordaire diría, que lo incensaban y lo heroseaban todo, suavemente; virtudes que yo echo muy de menos en los tiempos nuestros, en faz de esta universal manía, vesánica, del exhibicionismo *atodo pasto*, y de estos pujos de las nulidades con suerte, y de las medianías engraidas, de estar siempre en escena, y en el lugar primero, y de estas torpísimas y absurdas pretensiones de los insignificantes, de los anónimos, de los fracasados, a igualarse a los astros de luz propia; *la igualdad entre los desiguales*, que es la más vil y la más insostenible de todas las igualdades? ¿Dónde, dónde, la solitaria meditación, el ahincado estudio, de por vida, y la alteza de las especulaciones intelectuales, en medio de este coro de verbosísimos, a grifo suelto, que *per ahí andan*, — conferenciantes, asambleístas, charlatanes de mítines, de banquetes, de veladas —, cuya vacua elocuencia se reduce toda ella, como dijo el poeta Gabriel y Galán, a

*Música del oído,
torrente de palabras que allí cae,
donde un eco encontró, como el sonido
que el viento se lo lleva o se lo trae;
o a un grande almacén, abarrotado
de innumerables ideas,
que necia vanidad ha amontonado?*

¿Dónde, el hondo, el diáfano sentimiento religioso de otras épocas, hechas a verlo todo *sub specie aeternitatis*, preocupadas seriamente, constantemente, con lo teológico, es decir, con lo eterno, con lo infinito; donde — decía, — ese sentimiento religioso, a la hora de ahora, la de las más grandes tartuferías, la de los más grandes histrionismos, la del *pseudo cristianismo imperante*, del que habla Weiss, en su *Apologie des Christenthums*, y que hace buenas las palabras de Bjorson, «de que la humanidad, particularmente en la raza latina, está jugando al cristianismo»? ¿Dónde — repito —, los templos morales, los *caracteres* de antes, aquellos caracteres resueltos, típicos, representativos, «de los que Dante supo apoderarse — dice un moderno historiador italiano, — para trasladarlos a la realidad de su escena sobrehumana, casi sin necesidad de añadirles ni de quitarles nada»; cuando hoy, por unas u otras causas, — que no puedo detenerme a estudiar aquí, — se han borrado, por completo, todos los más sublimes rasgos naturales de la humana prole? Y así la cólera, que asemejaba antes, en muchos de los hijos del hombre, los de las supremas energías morales, a *cólera de los dioses*, no es más ya que el rencor, que la emulación, que el odio, que hiera, y tal vez mata, traicioneramente. Y el amor,

che muove il sole, e l'altre stella,

como cantó Dante, en el postrer Canto del *Paradiso*; el amor, la pasión única, eterna y soberana, en la que todo es bello y divino, y *todo triste* — ¡oh, Campoamor! —, origen fecundo e inexhausto de los más bellos sacrificios, y de las más ilustres gestas de la humana Historia; el amor, que comparte con el dolor el cetro del mundo, no es otra cosa que la galantería, que la frivolidad, que la impresión fugaz de un momento que pasa, *sicut nubes, quasi navis, velut umbra*, o una fiebre, o un capricho del sentido, del instinto; y la amistad, *ese algo cético*, como Lacordaire dijo, un hábito, un simple hábito, o una *materia prima* de explotación; y el valor, el matonismo, la arrogancia o la inconsciencia; y la religiosidad — esa flor, la más divina de las almas buenas! —, una vana fórmula pietista, o un antifaz indigno; y el patriotismo, la abnegación, el desinterés, el amor a la justicia, un pretexto, a veces, para el buen logro de inconcesables fines, de apetitos infames... Y son tratados los más graves asuntos, los que interesan lo mismo a la vida individual que a la vida social, sin decoro de ninguna suerte, y empíricamente, sin atender nunca a los requerimientos y orientaciones de la *luz que procede de lo alto*.

Y son sacrificados, a la continua, los más altos y sagrados intereses, en las inmundas aras de los más personales y ruines motivos, escándalo de la razón, y ludibrio de la conciencia. Y es el amor propio, casi siempre, el móvil de todas las acciones, — *l'amour propre est le mobile de tout* —, en expresión del Duque de la Roche-

foucauld, en sus *Máximas*. ¿Y no es cierto que, — como escribía Malouet, en su *Voyage a la Guyane* — «el hombre de nuestra época, el hombre demasiado civilizado —, *trop civilisé* —, pretendiendo poner al servicio de sus pasiones todo cuanto le rodea, concluye por emponzoñar, para él, y para todos los que con él conviven, las excelencias y las venturas de esa misma civilización?»

Así, ¿cómo no sentirme atraído, desde el primer instante en que hablé con él, por el actual Nuncio Apostólico en España, Monseñor Tedeschini; ya que es él uno de los últimos caracteres que quedan en el mundo! Un carácter, todo un carácter, sí, en quien la vida, en todas sus más espléndidas epifanías, va siempre de acuerdo con sus principios y convicciones; en cuya alma no hay ni un sólo pensamiento que no vaya inspirado por la razón y por la justicia, ni un solo deseo que no tienda al bien de sus prójimos, sin acepción ninguna de personas; ni una intención que no sea diáfana; ni el más leve acto, ni la menor palabra, que no vayan enredadas al mayor prestigio de la eclesiástica y elevada jerarquía de que está investido, y de la otra jerarquía, aún más excelsa que la suya, a la que el representa dignamente; y de este país nuestro, por adopción suya, donde ejerce esa jerarquía. ¿Y qué decir, de la subyugante sensibilidad, de los juveniles, de los generosos, y efusivos y nobilísimos entusiasmos del señor Nuncio? Las almas, pasionales, hechas de luz y de fragancias, y los corazones sensibles, ¿no es verdad que, — como dijo un poeta francés — «tienen a su arbitrio medios y resortes poderosos, que en la porción más grande de los hombres no puede conocer, y menos imitar, el humano espíritu?» Y no es solamente por las palabras por donde se pone de manifiesto la sensibilidad y por donde se revela la del Nuncio; no. Es, también, por el aire de las gentes; por la mirada, por tal cual imperceptible gesto y rasgo de la fisonomía, inadvertidos, acaso, para muchos; por el acento, por el sonido peculiar de la voz;

EN MARAVILLAS

LOS MIÉRCOLES BENÉFICOS

LA inauguración de los miércoles benéficos de Maravillas ha constituido un gran éxito, del que puede sentirse legítimamente satisfecha su patrocinadora la marquesa de Valdeiglesias. El teatro estaba completamente lleno, viéndose en palcos y butacas a muchas de las distinguidas damas de la sociedad y a numerosas muchachas aristocráticas.

La marquesa de Martorell estaba con la de Arriluce de Ibarra y su hija; la condesa de Floridablanca, con la de Arenales y señoritas de Castillejo y Wall; embajadora de Bélgica, señorita de Borchgrave, duquesa de Santa Elena y señora de Núñez de Prado; marquesas de López Bayo y Ribera, señora de Urcullu, señorita de Jiménez de Sandoval; señoritas de Finat, Casal y López Roberts; marquesa de Salinas y señoritas de Muguiró; marquesa de Valdeiglesias e hija y señoritas de Portago y Carvajal; marquesa de Argüelles e hijas; condesas de Vega de Sella y de Mendoza Cortina con sus hijas; vizcondesa de Feliñanes y condesa de Vilana; condesa de Limpías e hija; y señora y señorita de Cejuela.

También se hallaban las marquesas de Urquijo, Cavalcanti y Guevara; condesas de Paredes de Nava, Moriles, Casa-Puente y Torre de Cela; vizcondesas de Altamira y Garci-Grande; baronesas de Champourcin y Velli, y señoras y señoritas de Moreno Osorio, Linares Rivas, Marfil, Amezúa (don Agustín y don Manuel), Achaval, Chapa, viuda de Cavanilles, Canillejas, Argente, viuda de Luque e hijas, Castejón y Ramírez de Haro, Co.ryn, González de Gregorio, Bas, Manella, Ruiz Jiménez, Monjardín y muchas más.

El programa fué muy interesante, siendo aplaudidos todos los artistas que en él intervinieron.

y, sobre todo, por una perfecta eurytmia, y unacorde perfecto, entre todo esto, y que no acierto a concretar bien, tan espiritual, tan sutil, tan misterioso e indefinible ello es!... Mas una sola palabra, un acento solo, brotado del corazón, y de lo mejor de él, ¿no basta, muchas veces, para revelar una sensibilidad profunda y tiernísima?

Por eso esperaba con impaciencia el discurso del Nuncio, en el teatro del Centro; el discurso a las Juventudes católicas hispanas y extranjeras, pronunciado en una de las pasadas noches. Yo no había oído el discurso de Monseñor Tedeschini a los seminaristas de Comillas, por el dicho apenas advino a España. Ni tampoco había oído su discurso, celebradísimo, de Valencia, ahora hace un año, cuando las fiestas de la Coronación de la Virgen *dels Desamparats e dels Afligits*. Natural, pues, naturalísimo mi deseo de oírle aquí, en la noche esa. Y, ciertamente, mis esperanzas no fueron defraudadas ni confundidas. Porque desde las primeras palabras de su discurso, el verbo del Nuncio supo encontrar un dulce e inviolable asilo en mi corazón... ¿Lo encontré en el de todos sus oyentes, fatigados, tal vez, por tantos discursos, — siete u ocho, — como en tal noche se pronunciaron en el teatro del Centro, muy largos, excesivamente largos, algunos de ellos?

Y habló el Nuncio, después de haber hablado Camilo Corsenego, su egregio compatriota, elocuentísimo orador, y poeta magno. Habló el Nuncio, y admiró, desde los comienzos de su discurso; por la pompa y magnificencia de las imágenes, por la armonía de los períodos, por la belleza y majestad del estilo, por la elevación y originalidad de los pensamientos... ¿Qué peregrino hechizo, el que tomaba en sus labios nuestro patrio léxico, solemne, enfático, cadencioso, formado para hablar con Dios, y que parecía realizarse, y esplendorarse y musicalizarse, con dejos y vislumbres de aquella otra *dolce lingua toscana*, que creó, en cierto modo, Dante Alighieri,

*che fue nato e cresciuto sulle rive
dell' Arno alla gran Villa!..*

¿Qué suavidad, y qué fuerza, al propio tiempo, en sus razonamientos! ¿Qué novedad, qué oportunidad, y qué elevación, en todo lo que el Nuncio iba diciendo! ¿Qué dignidad, qué austeridad, a ratos, la de sus párrafos, que diríanse de alguna Enciclica papal, y de las más bellas y trascendentales! ¿Y cómo me acordaba al oír al Nuncio, de aquellas palabras de *Vauvernagues; les granaes pensées viennent toujours du cœur!* Intellecto de primera fuerza; fantasía brillante y abundantísima; perspicuo espíritu, bueno y sensible; dotes, muy raras, de orador y escritor; sentimiento de virtud, de humanidad, de verdad, de sinceridad, que me hacen estimar al hombre tanto o más que al pensador y al artista; todo esto, y mucho más que omito, ¿cómo espléndida, con apacible lumbre, en el discurso de Monseñor Federico Tedeschini! ¿Discurso a la Juventud, y para la juventud; aunque los que ya no somos jóvenes, tuviéramos mucho que aprender de él! ¡A la juventud! Es decir, a lo más puro y más hermoso de la vida; a la mañana, a la primavera de ella!... ¿Y a las Juventudes católicas!... a las que quiso inculcar, el Nuncio, en párrafos de soberana elocuencia, lo que también ha dicho, en su reciente *Pastoral*, — y hace pocos días dijo en Zaragoza, en la Asamblea agraria, — el Cardinal Primado, don Enrique Reig y Casanova, lumbre y ornamento prestigiosísimos de la Iglesia, y Jerarca supremo de la Española, para bien de ella; es a saber, *la necesidad imprescindible de proceder a la formación o a la reforma espiritual, de todos y ca ta uno de los que quieren apostolizar en cristiano*; la necesidad «de dar trigo,» — diría yo en castellano neto, — al propio tiempo que predicán y actúan de apóstoles por esos mundos... hoy más del diablo, que de Dios...

Como el discurso del señor Nuncio habrá de publicarse, — creo yo, — formando un folleto, no quiero decir, ahora, más de él. ¡Leedlo todos! ¡Tendría yo tanto que decir!... Y lo diría, como todo lo que queda dicho, con todo mi corazón... que en mi piensa y habla más y mejor que mi cabeza. ¡Y a mucha honra!...

ADOLFO DE SANDOVAL.

Mayo, 1924.

BODAS ARISTOCRÁTICAS

En la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, se han celebrado recientemente varias bodas.

Una fué la de la bella señorita María de las Mercedes Puig y Blanco con D. Manuel María de Eguiñor y Rodríguez de Avial.

Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia y el conde de Albox, tío del novio.

Los invitados a la ceremonia fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.

Deseamos a los nuevos esposos eternas venturas.

OTRA boda fué la de la bella señorita —prima hermana de la novia anterior—, Angeles Cerero y Blanco con don Mariano Bautista y Aristizábal.

Apadrinaron a los contrayentes la señora doña María Rosa Aristizábal de Bautista, madre del novio, y D. Rafael Cerero Luna, padre de la desposada.

Como testigos firmaron el acta, por parte de la novia, el ministro de España en Lisboa, don Alejandro Padilla; el general D. José Reina, don Narciso Puig de la Bellacasa, D. Valentín Ruiz Senén y don Ramón María Cerero y Blanco. Y por parte del novio, don Alfonso de Borbón, don Mateo Bautista Ramos, don Isidoro y don Félix de Gregorio, don Antonio Pérez Tabernero y don José Manuel Garamendi y Aristizábal.

Los nuevos esposos, que recibieron emuchas felicitaciones, salieron para El Escorial, desde donde prosiguieron su viaje por varias capitales del extranjero. Sean muy felices.

TAMBIÉN en la misma iglesia ha sido el matrimonio de la encantadora señorita María González Trevilla y Santos Lamadrid, con el comandante de Estado Mayor don Francisco Montojo y Torrontegui, hijo del difunto almirante de la Armada, D. Vicente Montojo.

La novia, muy bella, vestida con traje de crespón blanco bordado en cristal, con largo velo de tul y collar de hermosas perlas, entró, apoyada en el brazo de su padre y padrino, el ex-senador D. José María González Trevilla y seguida de las preciosas niñas Ana María y María Teresa Pau y Montojo, que llevaban su largo manto.

El novio daba el brazo a su madre y madrina, la señora viuda de Montojo.

Fueron testigos, por la novia, sus hermanos, don Agustín y don José María G. Trevilla, y sus tíos don Tomás y don Eduardo Santos Lamadrid; y por el novio, el general conde de Magaz, el mayor general de Alabarderos, don Carlos Iñigo; su hermano, el capitán de Artillería don Vicente Montojo y sus hermanos políticos, el coronel de Infantería de Marina don Luis Montojo y Alonso y el ingeniero de Caminos D. Estanislao Pau de Soraluze.

Bendijo la unión el obispo de Sigüenza, don Eustaquio Nieto, gran amigo de la familia Montojo, que pronunció elocuente plática.

Terminada la ceremonia, se sirvió el *lunch* en el jardín, y en casa del señor G. Trevilla un almuerzo íntimo.

Los recién casados, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para el extranjero.

En Córdoba, y en la capilla de la residencia

de los padres de la novia, se ha celebrado el enlace de la bella señorita Graciela F. Vergara, excelente cantante que hace dos años sedujo al público de nuestro teatro Real con su preciosa voz, su gentil figura y su arte exquisito, y don Alfredo Cabanillas, distinguido escritor, redactor de «Heraldo de Madrid».

Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia, doña Rosalía Vergara, y el ex-ministro don Rafael Gasset, actuando de testigos don José Rocamora, director del «Heraldo»; don Práxedes Zancada, ex-subsecretario de la Presidencia; el doctor don

matrimonio de don Francisco de Giles y Ponce de León, de la aristocrática familia jerezana, con miss Seyden White, de distinguida familia inglesa, residente en aquella población.

PARA el día 4 de Junio está concertado el matrimonio de la bella señorita Concepción Martín Montis, hija de los marqueses de Linares, con don Jorge Parladé e Ibarra, sobrino de los condes de Aguilar y de Ibarra.

La boda se celebrará en la tarde de dicho día, en la iglesia del Santísimo Cristo de la Salud, bendiciendo la unión el arzobispo de Valencia, señor Melo.

Serán padrinos la señora de Parladé, madre del novio, y el marqués de Linares.

Los condes de Maluque pedirán en breve, para su hijo el distinguido diplomático don Manuel Travesedo y Silvela, la mano de la bella señorita Natividad Jiménez y Benito, hija de los marqueses de Arenas.

Los señores de Díaz Cañabate (don Antonio), han pedido para su hijo Antonio la mano de la bella señorita Margot Ugarte y Pagés, hija del difunto e ilustre ex-ministro don Javier Ugarte. Entre los novios se cruzaron valiosos regalos.

La boda se verificará en Fuenterrabía, en el próximo mes de octubre.

Y por los señores de Martínez Vargas ha sido pedida para su hermano don Mariano Repullés, la mano de la señorita Asunción de Benito y Castresana.

El enlace se verificará en breve.

EN la residencia de los señores de Ponsich, en Sarriá (Barcelona), se ha celebrado el matrimonio de la señorita Mercedes de Ponsich y

Sarriera, hija de aquéllos, con don José María Domínguez Arévalo, conde de Valdellano.

Como ambas familias son estimadísimas en aquella ciudad, el matrimonio constituyó un acontecimiento muy grato para la sociedad barcelonesa.

Los nuevos condes de Valdellano, que recibieron numerosos regalos y muchas felicitaciones, salieron en viaje de novios para el extranjero.

Por Real orden del Ministerio de Estado se ha concedido Real licencia para contraer matrimonio con la señorita doña María Blanca Cantacuceno y Vacaresco, hija de los Príncipes rumanos León y Ana, a don Francisco de Amat y Torres, secretario de tercera clase en la Legación de Su Majestad en Atenas.

El señor Amat es persona muy conocida en nuestra sociedad y su próximo enlace, con señorita de tal calidad, ha de producir en sus amigos viva satisfacción.

EN Francia, en la iglesia de Saint Philippe de Roule, se ha celebrado la boda de la bella hija de los barones de Acher de Montgascon, con el capitán de Dragones conde Gabriel de Lastour, que es uno de los héroes de la pasada guerra. Por sus actos de bravura está condecorado con la cruz de caballero de la Legión de Honor y la cruz de Guerra.

La sociedad francesa ha hecho votos por la felicidad de la nueva pareja.



Dimos cuenta en nuestro último número de la boda de la bella señorita María de los Dolores González, hija del ilustre ingeniero Sr. González Echarte, con don Pablo de Sala. He aquí la fotografía de los recién casados, en unión de sus padrinos y testigos.

Fot. Marín

Fernando Rincón, don Manuel Moya y el catedrático don José Jaén.

La novia vestía traje de moaré, guarnecido de perlas y tisú de plata, cubriéndose con rico velo de encaje Richelieu y ostentando magnífico collar de brillantes.

La acompañó uno lucida corte de amor, compuesta por las lindísimas señoritas Rosalita y María Luisa Moya, Lolita Fernández y señoritas de Romero de Torres.

A la ceremonia asistió nutrida representación de la sociedad cordobesa, que fué obsequiada con espléndido banquete en la casa de la familia del nuevo matrimonio. Este emprendió luego un viaje por el extranjero.

Le deseamos felicidades sin cuento.

Recientemente se ha efectuado en esta corte la boda de la bella señorita Consuelo Morales y Gaspar, perteneciente a distinguida familia, con don Arnold Gestetner Fischer.

A la ceremonia asistió numerosa concurrencia, que fué obsequiada en Tournié con un espléndido *lunch*.

Los nuevos esposos, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para Barcelona e Italia.

DE provincias y el extranjero nos llegan noticias de otras bodas celebradas. En Sevilla han recibido la bendición nupcial la encantadora señorita Rosario Alba y don Laureano Montoto y González de la Hoyuela y en Palencia la bella señorita Elvira Simón y don Joaquín Romero Mazariego. Y en San Juan de Luz se celebró hace pocos días el

PAGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

LA MANZANA DE LUISÍN

CUANDO yo era niño—principios del siglo pasado—mi abuelita me contó un cuento, que aún no se ha borrado de mi memoria.

Fué el de las manzanas de Luisín.

Era una Princesita que estaba enferma, muy enferma, y ningún médico del mundo acertaba a curarla.

Sólo decían que su mal no tenía remedio y se marchaban muy tristes por donde habían venido.

Pero fué el caso que cierta viejecita, arrugada (la viejecita de todos los cuentos), encontró la medicina que habría de poner buena a la Princesita.

Eran unas manzanas misteriosas, que se daban en un manzano de un huerto; pero que no podía decirse más.

El manzano en cuestión pertenecía a un pobre labrador que tenía tres hijos.

El mayor llenó una cesta con las mejores manzanas y echó a andar camino de la Corte. Se me olvidaba decir que el que curase a la Princesa, sería Príncipe. Lo que equivale a indicar que se casaría con la hija del Rey.

Bueno, pues el hermano mayor, anda, anda, anda, llegó a una encrucijada, donde el camino se dividía en tres sendas. Conque se detuvo a reflexionar cual tomaría, cuando se le apareció un enano que le preguntó:

—¿Se puede saber, joven, lo que llevas en esa cesta?

—Ancas de rana—contestó en tono de burla el muchacho.

—Ya que lo dices, así será—repuso el enano, y desapareció.

El chico mayor del labriego, dió por fin, con el Palacio. Los centinelas no le dejaban pasar, pero él aseguró que llevaba la medicina que había de curar a la Princesa, y pudo presentarse ante el Rey.

—Vamos a ver—comenzó el Soberano—lo que nos traes. Si es cierto que en esa cesta viene el remedio para mi hija, te casaré con ella, pero si te equivocas, te mandaremos dar doscientos palos.

El muchacho, sin inmutarse, levantó el trapo que ocultaba la fruta y ¡oh, asombro!, en vez de las ricas y olorosas manzanas, ¿qué diréis que encontró?

Pues encontró un buen puñado de ancas de rana, todavía saltando.

El Rey y los Ministros se indignaron.

—¡Esto es una burla!

Y a palos lo echaron de allí.

Cuando el chico regresó a su casa, su hermano segundo quiso también probar suerte, y tomando dos docenas de manzanas del mismo árbol, las metió en otro cesto y echó camino arriba.

Al llegar al mismo punto de su hermano, apareciósele el enanillo y le preguntó lo que llevaba en la cesta:

—Llevo saltamontes,—respondió el segundo.

—Ya que lo dices, así será—concluyó el enano, desapareciendo.

Conque entró en Palacio y después de mucho discutir, se vió ante el Rey, quien le advirtió: —Como vuelvas a burlarte, te encerraré en un calabozo para toda la vida.

El mozo destapó la cesta y aquello fué una verdadera risa: los saltamontes comenzaron a invadir el salón del trono, obligando a huir hasta al propio rey, que perdió la corona y una zapatilla por el camino y que, cuando se vió a salvo, mandó a sus soldados que metieran en una horrible prisión, llena de ratas, al que así

se había atrevido a reírse de su real majestad.

A los dos meses, Luisín, que era el más pequeño de los hijos del labrador, quiso probar suerte.

El padre se rió de él:

—Conque no la han hecho tus hermanos que son tan listos y la vas a hacer tú, que eres un zoquete...

Pero tanto suplicó Luisín, que el labriego cedió.

Fueron al huerto, registraron el manzano y sólo encontraron manzanas podridas y medio secas. Pero a fuerza de registrar, hallaron una tan lozana, aromática y hermosa, como no se vió otra en el mundo.

—Llevaré esta sólo, padre...

Y al romper el día, pian, pianito, se perdió en el horizonte. A eso de las doce de la mañana se le apareció el enano:

—¡Buenos días, joven!

—¡Buenos días, amiguito! ¿Deseas algo de mí?

—Sí; deseo saber lo que llevas en esa cesta.

—Con mucho gusto te lo diré. Llevo una

—Señor; en mi cesto sólo hay una manzana—la más hermosa de nuestro manzano—que traigo aquí para curar a la Princesa. Yo respondo de cuanto digo, como estoy seguro también de que apenas sus impecables dienteitos blancos se claven en la perfumada carne de este fruto, sanará. Una manzana nos perdió a todos. Otra manzana nos salvará.

El Monarca se sorprendió de las felices frases del campesino.

—¡Veamos si obras tan bien como hablas!—terminó, cogiendo la fruta.

Realmente era maravillosa la manzana. La Princesa, de mal talante, la aceptó y se la llevó a los labios.

—Un mordisco. Dos mordiscos. Tres mordiscos...

—¡Ya está curada! La palidez de cera de su rostro se ha convertido en otra manzana olorosa y madura.

Gritos de júbilo se escapan de todos los pechos. Los Ministros se inclinan ante el pastorcito. El verdugo deja caer el hacha. El Rey, tira al aire su corona y lanza este vitor:

—¡Viva el futuro Soberano de Idealia!

Peró la Princesa no daba su brazo a torcer. Era altiva, y Luisín pobre y rústico.

Habló al oído de su augusto padre y le propuso comprar con dinero el servicio prestado.

El Monarca se lo encargó a su Ministro de Hacienda.

—¿Cuánto quieres, en lugar de la mano de la Princesa?—dijo a Luisín.

El pastorcillo reflexionó, y repuso:

—Si te pidiera dinero, como soy ambicioso, no tendrías bastante en las arcas. Por eso te pediré otra cosa.

—¡Concedida!

—Quiero todas las telas de todos los telares del reino.

—¡Concedido!

—Y quiero también, que no puedan introducirse otras mientras yo no lo tolere.

—¡Ah, vamos! ¿Quieres hacerte acaparador, para enriquecerte?

—¡A ti eso no debe importarte!

—¡Está bien! ¡Se hará lo que gustes!

Conque se quedó con la exclusiva de telas. Y pasó un año. Y pasaron dos años.

Y la Princesa necesitó vestidos y se los pidió a Luisín. Y Luisín, después de negárselos, esperó. Y llegó un día en que tuvo que vestirse la hija del Rey de tosca campesina.

Entonces el pastorcillo se presentó magníficamente ataviado con las más costosas telas. El Rey, que llevaba un manto raído, tuvo envidia de él y le propuso de nuevo la mano de su hija.

Peró esta vez fué Luisín quien la rechazó.

Entonces la Princesa se atrevió a decir:

—¿No soy la misma que antes?

A lo que el pastorcillo replicó:

—Por eso que eres la misma y ayer me rechazaste, me sorprende que me aceptes hoy...

La hija del Rey se echó a llorar; peró Luisín, que seguía amándola, la abrazó y dijo:

—¡Basta! ¡Serás mi esposa! Pero no olvides que el alma no admite disfraces. Una mujer puede llegar a parecer hermosa sin serlo, empleando en el cuidado de sus encantos esos secretos de hadas que se llaman Polvos «Freyya», «Ondulina» o «Flores del Campo». Peró una mujer mala, por muchos específicos que se dé por fuera, seguirá siendo mala por los siglos de los siglos, si no se acoge a la medicina espiritual del arrepentimiento. Y... fueron felices.

PRÍNCIPE SIDARTA.

PARA EL ONDULADO DEL CABELLO

NADA TAN EFICAZ, COMO LA
MAGNIFICA LOCION

ONDULINA

QUE LO AUMENTA Y CONSERVA
VARIOS MESES

APLICADA EN PULVERIZACIONES,
ANTES DEL RIZADO CON TENACILLAS Y BIGUDINES, ES DE SUGESTIVO EFECTO, SOBRE TODO EN LAS CABECITAS RIZADAS DE LOS NIÑOS

FORMULA ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA

FRASCO DE UN LITRO: 10 PESETAS

FLORALIA MADRID

manzana, para curar a la Princesa enferma; pero la pongo a tu disposición si tienes hambre.

—Muchas gracias, hijo mío. No tengo hambre, y todo lo que dices así será.

—¡Zás! Desapareció lo mismo que con sus hermanos y Luisín se encontró en la puerta de Palacio.

El centinela le habló y le aconsejó.

—No entres, porque el Rey ha dicho que al que vuelva a burlarse de él le cortará la cabeza.

Peró Luisín, terco que terco, logró presentarse ante el Monarca.

La Princesita, pálida y ojerosa, vestida con un vestido de plata, esperaba junto al trono, recostada en un sillón.

Los Ministros, con caras feroces, observaban. Un gigante vestido de rojo y con una enorme hacha, se frotaba las manos, esperando el momento de cercenar la cabeza de Luisín.

El Rey, rascándose la barba, que era luenga y era blanca, comenzó así:

—Te prevengo, osado pastorcillo, que si vienes a jugarme una mala partida como los otros, aquí mismo, delante de mi corte y de mi adorada hija, de un sólo tajo seccionará tu cuello mi verdugo.

Luisín no se descompuso, y lleno de fe, respondió:

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULT MAS NOVEDADES
Peligrós, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES

DE LA
FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa
VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURKURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4. MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CALATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CAPROCIERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
— ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. — 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LA MARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID | Alcalá, 53

Capital social... } 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

ALMA IBÉRICA

DIRECTOR

A. SOLÍS AVILA

EXTENSA INFORMACIÓN GRÁFICA

CRONICAS DE SOCIEDAD.—MODAS.—CINES.—SPORTS

PLANAS ARTÍSTICAS.—PASATIEMPOS

Apartado de correos 10.032. — Teléfono 17-32 J.

30 céntimos en España y América



FRANZEN

FOTÓGRAFO

Príncipe, 11.—Teléfono M.—835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS
CONFECCION DE ROPA BLANCA

Fábrica en Almagro

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9
MADRID.—Teléfono 21-06 M.

FÉLIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas

MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.—Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELEITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

CASA JIMÉNEZ

Aparatos fotográficos, relo-
jes, joyería y artículos para
regalo y viaje.

PRECIADOS, 58 Y 60

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10

MADRID

Teléfono 10-50 M.



INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid.



LA JOYA DE LA CASA
es el niño limpio, de cutis suave, blan-
co, fragante, merced al uso diario del

JABÓN HENO DE PRAVIA

Es jabón puro, de espuma ligera y abun-
dante e intenso y permanente perfume.

Pastilla, 1,50 en toda España. Perfumería Gal.-Madrid.